



Comisión 3

Índice

1. ¿Final feliz? Ariadna Alippi
2. Su muerte y yo. Guadalupe Altamore Cieza
3. No es de tu incumbencia. Valentín Anadon
4. El profundo silencio. Sofía Mariana Ayala
5. Lo que nunca pensaron que llegarían a ver. Andrea Barillas
6. Lo inevitable. Amparo Barros
7. El intruso. Sol Berdesegar
8. La pequeña muerte. Juan Pablo Calderón
9. La libertad en el viento. Macarena Campano
10. Que descanse en armonía. Sol Caviggia
11. La impenitencia. Victoria Connell
12. Un destino doloroso. Tomás Coronel
13. Un frío que hiela la piel. Mariana De Marziani
14. La sangre ajena. Rosario De Rosa
15. Un hotel para la tumba. Delfina Desmoures
16. Un nuevo despertar. Anaclara DíazVélez
17. El heredero de París. Mateo Dragojevich
18. Los recuerdos de siempre. María Jesús Duarte
19. No me olviden. Iara Flores
20. Partes de mí. Melina García Hilarón
21. El mismo destino. Tomás Gazzaniga
22. Perdieron el control. Carolina Hernández
23. Fantasmal amor. Andrea López
24. El precio de la libertad. Valentina López Zavaleta
25. La escapatoria. Guillermina Medina
26. Muerte presencial. Estefanía Michelini
27. Una historia improvisada. Galo Miguens
28. El espíritu. Berenice Molina Suáres
29. Y el agua hirvió. Camila Ortega
30. Verano diez puntos. Iván Papillú
31. Sus ojos. Lautaro Punta
32. Sin historia nunca más. Milagros Reinaldo
33. Realidad lejana. Leandro Retana
34. Desafortunada venganza. Emanuel Rodríguez
35. Misterio paranormal. Cristian Romero
36. Colmo de vida. Mailén Ruiz
37. Profunda oscuridad. Candela Tedesco
38. Dos realidades. Renata Toledo
39. Cuarto oscuro. Sofía Valoff
40. El perfume de mi sangre. Carlos Vega
41. Misión y paranoia. Anabella Wieremowicz

¿Final feliz?

Ariadna Alippi

Me desperté, pero deseé no haberlo hecho. Era lunes y mi agenda rebalsaba de compromisos y tareas que debía hacer cuanto antes: llevar a Ramiro a básquet, terminar el trabajo práctico para la facultad, llevar la ropa sucia al lavadero y preparar la cena para recibir mi cumpleaños número 22, que era esa misma noche.

Comencé el día rutinariamente pero más apurada de lo normal, salí de casa y fui en busca de mi torta de cumpleaños, entre otras cosas que aún hacían falta para la pequeña reunión de aquella noche, a la que asistirían algunos amigos y mi familia. Al terminar con todo aquello, busqué a Ramiro en el colegio para llevarlo al entrenamiento, aún no entendía por qué mamá había elegido ese club en particular, quedaba muy alejado de la casa de mis padres y era una zona peligrosa a cualquier hora del día, por lo que siempre le tuve respeto.

Sin embargo, recuerdo que aquel día en particular tenía un presentimiento que surgía desde lo más profundo y hacía que el pecho me doliera, como si me lo estuvieran oprimiendo y mi alma trataba de alertarme de algún peligro inminente.

Al dejar a mi pequeño hermano en su clase, emprendí camino hacia el auto que se encontraba a dos cuadras porque no había conseguido otro lugar para estacionar, en el trayecto debía cruzar por el costado de un callejón que, aún de día, siempre se encontraba oscuro porque yacía entre dos altos edificios y allí, en ese maldito lugar, fue donde me tropecé con el inminente peligro que había sentido.

Dos hombres con sus rostros encubiertos me agarraron por atrás y me arrojaron violentamente contra el paredón, donde mi cabeza se golpeó fuertemente, les pedí a gritos desgarradores que se llevaran todo, todo lo que quisieran, pero que no me hicieran nada y entre risotadas oí que no querían nada de eso, que conmigo era suficiente. Sentí terror como nunca antes, terror en cada rincón de mi cuerpo porque sentía cómo mi miedo más grande se hacía inevitablemente real. Me querían secuestrar, (¡lo estaban haciendo!) violar y quizás hasta matar.

Me llevaron a la fuerza a una camioneta blanca que se encontraba al final del callejón, donde aguardaban otros dos hombres. En el camino hacia algún lugar remoto me ataron las extremidades y sentí cómo sus asquerosas y sucias manos se paseaban por mi cuerpo indiscriminadamente; sentí asco, terror, sólo me salía llorar y a cada segundo en ese infierno, mi corazón latía más fuerte y no podía dejar de pensar en el destino horrible que me esperaba.

De pronto la camioneta se detuvo y pude observar que estábamos en un descampado con un galpón al fondo, allí es a donde me llevaron y al entrar a aquel lugar mis esperanzas de salir viva de allí flaquearon intensamente. El lugar era asqueroso y se encontraba prácticamente vacío, a excepción de unas sillas, herramientas y un colchón.

Las horas siguientes fueron un calvario, la tercera vez en que abusaron de mí perdí la noción del tiempo y me desmayé. Recuerdo despertar en ese colchón viejo y sucio que emanaba un olor que me obligaba a taparme la nariz y el ver que me encontraba sola no disminuyó el miedo que inevitablemente se había apoderado de mí otra vez. Tenía que salir de allí, de la manera que fuera, era mi oportunidad, no podía perderla.

Me levanté como pude, el dolor era insoportable en cada centímetro de mi cuerpo, y en el intento fallido de salir corriendo me caí, al levantarme salí caminando rápidamente, no sabía dónde estaba así que lo único que hice fue sacar fuerzas del fondo de mi ser y correr incansablemente y al llegar a la ruta pude respirar un poco.

Rogaba porque no me encontraran los secuestradores y en ese instante apareció un patrullero del cual me alejé como acto reflejo, de éste bajó un policía y me dijo que me quedara tranquila, que me había estado buscando, era el segundo día de rastreo.

En medio del shock, no pude pronunciar palabra, pero dentro mío, sentí cierto alivio y di un largo suspiro. ¡Estaba viva!

Su muerte y yo

Guadalupe Altamore Cieza

Era una foto, un instante, el instante que duró perderla. La vi dormida y calma, tan callada que me aturdí. La gente la atosigaba, aún muerta. La buscamos durante muchos días. No paraban de llamarnos con falsas noticias, pero al fin apareció y allí estaba ella, quieta. La gente murmuraba por lo bajo y yo estaba casi tan callada como su cuerpo.

Era de día, hacía frío en el lugar, los azulejos del velatorio se mimetizaban con su piel, más blanca y fría aún y me acompañaban en la desolación. Las personas pasaban y derramaban las lágrimas sobre su ropa, porque en ese momento sí la tenía.

No podía entender cómo estaba ahí, rodeada de gente y más gente que sólo quería saber qué había sucedido.

El olor era asfixiante, era olor a encierro, al encierro que teníamos mi familia y yo al tenerla así; el encierro que debería pertenecerle a quién le quitó la vida.

Sentía la tensión de los que se acercaban a verla, yo todavía la veía de lejos, no había podido acercarme. Mamá me abrazó, papá no; él no pudo perdonarme por no haberla cuidado como debía así que se mantuvo firme, casi tan inmóvil como ella, a su lado.

Desde lejos, incluso desde lo lejos, podía ver cómo la juzgaban, “pero ya no importa, ella ya no escucha, ya no siente, ella ya no puede contarme lo que pasó; su boca está muerta y su mente también; esa personalidad tan viva que sostuvo hasta el último momento, ella ya no puede luchar, ni cantar, ni bailar; ella no puede despertarme cada mañana como solía hacerlo cuando me quedaba dormida; tampoco puede sostenerme”, pensaba, una y otra vez.

Hoy mis lágrimas están solas, deslizándose por mi mejilla, sin que ella las vea, sin que ella me consuele; porque le sacaron la vida, se la quitaron sin permiso. Solo me quedaba observar cómo la gente se despedía de su cuerpo inerte, cómo todos hablaban, escuchaban y sentían, cómo seguían viviendo, así, sin más.

No es de tu incumbencia

Valentín Anadón

Una noche de invierno me dirigía a lo de un amigo para pasar el rato. Su casa quedaba lejos, en una zona donde había poca vida y pocos hogares; mientras que yo vivía en el centro de la ciudad. Estaba yendo en colectivo debido a la distancia que separaba una casa de la otra. El recorrido me obligaba a bajarme unas cuadras antes, por lo que tuve que caminar.

En el transcurso del camino me encontré con una casa abandonada y me detuve, no porque me hubiese gustado; había escuchado un grito desde allí, y tomé la decisión de entrar por si alguien corría peligro.

Ya en la casa, escuchaba voces, pero todo era ininteligible. Cabe destacar que no se veía nada, sólo podía ver lo que el flash de mi celular me permitía.

En el primer piso no había más que escombros, botellas, bolsas y mucha suciedad. Al subir las escaleras, en uno de los muchos cuartos que la casa tenía, me encontré con símbolos en las paredes (de los cuales no pude reconocer ninguno). En ese mismo cuarto, en el suelo, encontré mucha sangre y trozos de carne; parecía que eran pezuñas de vaca.

Ante el horror de esa situación, y de no haber encontrado nada ni nadie que pudiera haber emitido el grito que había escuchado antes de entrar, decidí irme lo más rápido posible.

Días después, tomé la decisión de volver a ese lugar solo y de noche; por cuestiones de trabajo y estudio no podía ir durante el día. Esa vez, al subir las escaleras que dirigían al segundo piso, justo después del último escalón, me encontré con una bolsa que contenía gaseosas y pastillas. En el cuarto donde me había encontrado la sangre y la carne, ya no había nada. Esta vez, al salir de la habitación, sí escuché voces y pude

entender lo que decían: “alguien está donde no tiene que estar... Imaginá lo que va a pasar cuando te encuentre”.

Inmediatamente busqué un lugar donde esconderme. Traté de hacer el menor ruido posible, producto del miedo y la adrenalina que sentía. Me metí en lo que parecía un baño, apagué la luz de mi celular; aunque me preocupaba más el volumen de mi respiración.

Solamente escuchaba los pasos del sujeto, mientras yo repetía “por favor, por favor, por favor”.

El hombre, gracias a Dios, no me encontró, y yo pude salir de la casa.

El profundo silencio

Sofía Mariana Ayala

Era una tarde de lluvia, fría. En mi casa reinaba el silencio. Me encontraba sola, no estaban mi familia ni las mascotas que emanaban esos cotidianos sonidos ensordecedores que caracterizaban mi hogar. Parecía acercarse una velada común, sin demasiados sobresaltos. Pero una misteriosa llamada transformó completamente mi tranquilidad.

Tal vez fue su voz grave e imponente lo que me inquietó, o el simple hecho de que me avisaba del reciente accidente de mi familia lo que me paralizó completamente. Sentía cómo se achicaban las paredes y quedaba atrapada en un profundo silencio que ensordecería, incluso, al más valiente.

No comprendía la situación, no podía reaccionar. Lo único que hacía era llorar y llorar, debía prepararme para ir al hospital, pero no encontraba la paz. Me sentía acosada y completamente sola.

Al entrar a mi cuarto se complicó todo ya que dentro había miles y miles de arañas tan feas y aterradoras que me impedían el paso. Si no sacaba mis llaves no podría salir e ir en busca de mi familia. Por la desesperación grité: “¡Ayuda, dejame en paz, solo quiero estar con mi familia!”.

De repente, un trueno de gran sonido invadió el lugar. No solo me sobresaltó a mí, sino también a las arañas, permitiéndome finalmente encontrar la llave de mi casa. Cuando tuve la valentía de enfrentar el silencio y la sensación de acoso salí en busca de mis seres queridos.

En el camino no reconocía nada ni a nadie, no escuchaba ni los ruidos de los autos. Estaba en shock: mi corazón se aceleraba y mis ojos se cerraban. No sé cómo llegué al hospital, no sé cómo esperé a mi familia en la guardia, ni cómo me reencontré con ellos. Pero lo que viví en mi casa ese día nadie lo puede explicar. Estoy convencida que no estuve sola, ya que podía sentir como me observaron todo el tiempo.

Lo que nunca pensaron que llegarían a ver

Andrea Barillas

Aquel día nadie imaginó lo que sucedería. El grupo de estudiantes del Taller de Escritura I estaba tratando de construir algo creativo cuando un estruendo acaparó su atención. Los curiosos, obviamente, saltaron a la ventana, pero no lograron ver nada, una luz fluorescente los encandilaba. Todos querían descubrir qué era lo que estaba pasando, pero la luz era demasiado fuerte, y había muchísimo humo.

Fue increíble lo rápido que salieron todos los chicos del aula para tratar de acercarse. Abajo, se encontraron con muchos alumnos de otras cursadas que también se habían asustado por el estruendo. Pero nadie sabía lo que pasaba. Muchos de los que estaban en las aulas que no tenían ventanas con vista hacia el jardín de la facultad llegaron a pensar que quizás una parte del edificio se había caído.

Esperaron hasta que la luz y el humo se hubieran desvanecido y al ver lo que era todos quedaron shockeados. Era una nave espacial, algo que todas sus vidas pensaron que

solo verían en las películas. Después de asimilarlo se rieron y compraron cervezas en la feria que había afuera de la facultad, y brindaron porque todos estaban bien y porque alcanzaron a ver lo que nunca pensaron que verían.

Camila, una de las más curiosas de la clase, muy emocionada le dijo a uno de sus compañeros:

– ¿Vos te imaginás lo que podría traer adentro?

– ¿Te imaginás que sea una broma y que sean humanos?– respondió el compañero.

– ¡Qué paradoja!– exclamó Camila. – ¿Humanos en una nave espacial? Claramente no.

Todos seguían preguntándose qué había adentro. Entonces, Rodrigo y Fernando empezaron a acercarse, cuando una puerta empezó a abrirse lentamente. De allí salieron dos seres extraños, pequeños y de color verde, tenían unos ojos enormes y su nariz y boca eran muy pequeñas. Los chicos se miraron entre ellos, estaban asombrados, y hablando muy bajito se preguntaron si serían extraterrestres.

– No son tan feos como los muestran– le dijo Fernando a Rodrigo.

– ¿Serán inofensivos?– respondió el otro.

Se acercaron cada vez más y los extraterrestres caminaron hacia ellos también. Rodrigo trató de tocarlos, pero no quería hacerlo con la mano, así que sacó una lapicera que traía en el bolsillo y con ella los empujó un poco a los dos. Estaban muy concentrados pero un grito de Rocío, otra estudiante, asustó a los pequeños seres, que se volvieron a la nave. La puerta se cerró. Se empezó a escuchar el ruido de un motor mientras los tres discutían sobre por qué había gritado así. Cuando se dieron vuelta, la nave estaba levantándose del suelo. Se fue rápidamente y los chicos regresaron con los demás que no se habían acercado por miedo.

Todos les preguntaron qué era lo que habían visto, y ellos les contaron todo. Estaban sorprendidos y no dejaban de hablar de lo sucedido, hasta que llegó la hora de irse a casa, donde seguirían contándoles los hechos a sus familias,

Lo inevitable

Amparo Barros

Durante años había seguido las mismas pautas: sólo caminar por las calles más transitadas e iluminadas, o, como mínimo, caminar en contra del sentido de circulación de los autos para poder ver siempre quién se acercaba. Avisaba sin falta dónde y con quién estaba, si me subía a un taxi o si cambiaba de planes en el transcurso del día. Siempre había, al menos, una persona que sabía dónde estaba, qué estaba haciendo y con quién.

Estas reglas no habían surgido de la nada, estaban basadas en un miedo que había nacido en mi niñez gracias a las recurrentes noticias que invadían la televisión casi todas las noches acerca de niños que parecían haberse borrado del planeta. Las falsas pistas, los padres de los chicos secuestrados que lloraban en los noticieros, la búsqueda que no llegaba a su fin, eran elementos que se repetían en todos los casos. El miedo a que alguien me separara de mi familia y me mantuviera encerrada se instauró en mí y creció conmigo con el pasar del tiempo.

Mi temor era tan grande que pasaba noches sin dormir, fabricando en mi mente escenas en las cuales me secuestraban y yo no podía escapar. No sólo me atemorizaba el hecho de ser capturada y estar encerrada, sino también que me mantengan con vida y saber que nunca podría escaparme de ahí. Incluso cuando lograba dormirme, muchas veces me despertaba sobresaltada por las pesadillas que tenía al respecto, en las cuales nunca veía las caras de mis secuestradores, pero sí podía escuchar sus voces.

Sin embargo, el paso de los años comenzó a desgastar ese miedo que había crecido conmigo. Dormir por las noches resultaba más fácil y eran raras las veces que soñaba con el tema. Circular por la ciudad también empezó a ser una tarea más relajada, ya no me prohibía caminar por ninguna calle que antes hubiera considerado peligrosa y priorizaba el camino más corto y práctico al más seguro. Cada vez era más raro que avisara con quién o dónde estaba, sobre todo porque mis 18 años me daban una

libertad distinta a la que había tenido antes. Las historias de secuestros seguían generándome escalofríos cuando las escuchaba, pero el temor que había tenido presente durante tanto tiempo parecía haberse desvanecido.

Por ese motivo, nunca se me hubiera ocurrido que mis descuidos me costarían mi libertad. Era un día como cualquier otro, salvo que sentí esos brazos agarrándome y tapándome la boca para que nadie pudiera escucharme gritar. Sentí la venda que rodeó fuerte mi cabeza tapándome los ojos, provocando que todo se volviera oscuro durante horas. Sentí, también, las sogas que me ataron bruscamente hasta que ya no pude moverme. Luego de un tiempo, dejé de intentar desatarme y gritar. Finalmente me rendí: siempre había sabido cuál era mi destino.

El intruso

Sol Berdesegar

Era un día nublado y estaba en casa mirando la televisión. Creo que Los Simpsons, muy bien no lo recuerdo. Pensar en ese día aún me da miedo. En la casa yo estaba sola. Mi papá estaba trabajando y mis hermanos en la escuela. En realidad, eso no me daba miedo, me gustaba quedarme sola; hasta ese día.

Seguía mirando televisión en el sofá cuando me llamó mi papá para preguntarme si quería ir al cumpleaños número 80 de una tía lejana, pasaba a buscar a mis hermanos y después pasaba por mí. Le dije que no, esos cumpleaños eran un plomo, además si no iba podía disfrutar más tiempo sola en casa.

De repente, se escuchó un ruido que venía de la cocina y fui inmediatamente a ver qué había pasado. Estaban tiradas las ollas en el suelo, como si alguien las hubiese sacado del estante y las hubiera arrojado. Las junté y las puse de vuelta en su lugar, eso me exaltó un poco pero no me desesperé. Me fui a seguir mirando televisión.

De pronto, la oscuridad total. Las luces empezaron a prenderse y apagarse simultáneamente y empecé a escuchar pasos. Han pasado siete años y no me es posible olvidar esa voz grave pero tranquila, que me decía: “Aquí estoy” y seguía: “no tengas miedo”.

Yo estaba espantada ¡Cómo no iba a tener miedo! Estaba aterrorizada, esa voz repetía lo mismo una y otra vez. No me podía mover, estaba quieta en el sofá. Tenía tanto miedo que ni siquiera podía gritar por ayuda. En un momento se acercó tanto que sentí que estaba al lado de mis pies y ahí fue cuando grité, lo hice con todas mis fuerzas: “¡Basta!”.

Volvió la luz. Miré desde el sofá a mi alrededor y no había nadie. Ya no sentí esa fuerza maligna, espíritu o no sé cómo llamarían ustedes. Pero, en fin, me sentía más aliviada. Cuando me sentí más segura hui de mi propia casa, corrí hasta lo de mis vecinos donde llamé a la policía. Cuando éstos entraron a la casa, no había nadie.

Hoy, con 20 años, no me atrevo a estar sola en esa casa. Mi familia aun no me cree lo sucedido, y yo todavía tengo miedo.

La pequeña muerte

Juan Pablo Calderón

La habitación era húmeda y fría. Un rayo de luz entraba por un costado de la torre, pero se difuminaba rápidamente entre el polvo y la bruma que viciaba el ambiente. El fuerte olor a plomo, leche agria y azufre, intoxicaban la respiración pausada de Virginia. Algo incómoda pero confiada, parada en el centro de la torre daba la imagen de Santa Pagana. Su mirada en alto y el brillo verde que mitificaba su semblante, era dado por el ánima fosforescente que volaba a los gritos por sobre su cabeza.

–Qué feo huele, a los muertos tampoco le sobra tiempo para hacer el aseo. Podrías limpiar de vez en cuando esta piltrafa de mazmorra ¿no crees?– le sugirió Virginia.

El espectro pasó de verde a magenta y gritó con mil voces animales:

–Qué insolencia, cómo es que una niña me viene a decir qué hacer, y yo que la escucho, y me digo a mí mismo que quizá tenga la razón. ¿Qué es esta condescendencia interesada? ¿Podrá ser lo que creo que es? Tantos años inactivo...

Verde, amarillo, rojo y violeta se teñía el rostro de Virginia, que se empezaba a espantar por la intensidad en el brillo y los gritos. ¿Cómo podría besar sus labios sin partirlos? ¿Cómo podría tocar sus manos sin congelarlas? ¿Cómo un muerto podía tener deseo?

El vuelo alrededor de Virginia y los alaridos se tornaron insoportables. Ella se llevó los puños a los oídos, tratando de amortiguar el sonido que perforaba sus tímpanos. Un hilo rojo empezó a brotar de sus oídos y nariz. Cayó al suelo y empezó a gritar.

–¡Ten piedad padre!– dijo sollozando. –¡Ten piedad de tu hijo perdido y haz de mí, un instrumento para tu intervención divina! Dale paz a esta alma corrompida.

Dicho esto, un rayo de luz salió de sus ojos y boca. Empezó su cuerpo a levitar, con la mirada al cielo y los brazos y pies tirados hacia atrás. La luz del fantasma se tornó magenta, sus gritos pasaron a ser un mántrico “OM” que hacía vibrar los ladrillos de la torre. Virginia iluminada colisionó en el aire con el espectro. Dos cuerpos de luz giraban juntos en lo alto de la torre. La fuerza centrífuga levantó las partículas de polvo, que brillaban ante los destellos que salían disparados de Sir Simon.

Se apagan las luces, el mantra desapareció; el cuerpo de Virginia salió disparado por el techo de la torre con los ojos blancos, el cuerpo al desnudo y platinado por el sudor, yacía en el éxtasis propio del mártir. Pequeñas contracciones llenaban su cuerpo de vibraciones espasmódicas. Lloraba, reía, temblaba; conocía el rostro de la divina trinidad nunca lo iba a olvidar. Había visto la cara de Dios en un orgasmo sobrenatural. Lenta fue su recuperación. Ningún hombre le creyó, las mujeres tampoco del todo, pero sí prestaron atención a su mirada cuando les contaba. Vieron el placer en sus ojos.

Virginia estudiaría mecánica y psicología unos años más tarde y sería pionera en el diseño del primer vibrador a vapor, poco comercializado y único en su contexto.

La libertad en el viento

Macarena Campano

Sonó la alarma un poco más tarde de lo habitual, aunque hacía ya tiempo había perdido el sentido de porqué despertar, así todo me levanté con lentitud.

Arrastraba mis pies por la habitación, la recorrí como la primera vez. Abrí el vestidor y, husmeando los cajones, encontré una caja de madera opaca y gastada, dentro una pila de fotos que debí guardar tiempo atrás. Me tomé unos minutos en mirarlas, quizás me retenían un poco más, pero solo vi rostros falsos y mentiras acumuladas. Resurgió en mí un dolor profundo, mezclado con un odio sin sanar. Las rompí una por una, cada corte era comparable al éxtasis que sentí alguna vez cuando mezclaba alcohol y pastillas para el sueño. Sin embargo, ahora estaba más lúcida que nunca. Me salteé el desayuno, eso de cumplir rutinas no iba conmigo, solo me arreglé un poco el pelo y retoqué mi rostro para disimular las pocas horas de sueño.

“Se aproxima una tormenta”, me dijo preocupado el portero al verme sin abrigo ni paraguas. Le sonreí fríamente y continué, había olvidado el calor del cuidado ajeno. A lo lejos veía mi próximo destino. Cinco años hacía que vivía allí y jamás había visitado la estatua de la libertad. Me parecía un lugar oportuno.

Mientras me acercaba, un escalofrío me recorría desde la nuca hasta los pies, exhalé profundo intentando recomponer el pulso que subía con paso.

Lo enfrenté y comencé a subirla, sin mirar atrás ni una sola vez. A cada paso, el corazón me latía tan fuerte que parecía querer huir de mi pecho, y es que ambos sabíamos a lo que nos enfrentábamos. Le pedí que me entendiera, hablé como si no fuéramos parte de lo mismo.

Ya estaba en la cima, para mi buena suerte o desgracia, dependiendo los ojos que lo vieran, estaba vacía. Sé que no habría otra oportunidad, que era eso o el encierro definitivo del que tanto intentaba escapar.

Me trepé sobre una de las ventanas, el viento me empujaba, era más fuerte que yo y tanto más frío. Pero no me detuvo. Estábamos solas, la nada y yo. Era un paso, un paso y mi salida. Apreté los ojos tan fuerte, que me dolían. Salté. Me temblaban las manos, el sudor se secaba con la velocidad del viento. Intentaba agarrarme de algo, ahora entiendo lo de la supervivencia. Lloré, reí y todo ese dolor que cargué durante años me acompañó hasta el último segundo, hasta mi último respiro.

Que descanse en armonía

Sol Caviggia

Un choque. Ésta fue la razón por la que el teléfono resonaba durante la madrugada, en el hogar.

Sollozos y gritos era lo único audible proveniente de los padres, al enterarse que su hija se encontraba en riesgo tras impactar contra un auto. Pese a dirigirse al hospital velozmente, sus padres no lograron llegar, y ella abandonó el mundo luego de 30 minutos de intensa lucha.

Injusticia, dolor y arrepentimiento fue lo que experimentaron al enterarse que ya la habían perdido.

Al cabo de tres días, decidieron realizar un velorio en la comodidad de su casa debido a que su niña siempre se refugió en su familia, en su hogar y en sus amigos.

Luego de varias horas, su padre comenzó a notar que las personas que habían asistido, no conocían en profundidad a su hija. Mientras más tiempo transcurría, mediante señales, más se convencía de que no era el amor hacia ella el que los impulsó a ir allí.

Fabio y Luciano, los hermanos de ella, notaron el malestar de su padre y concordaron con él, al notar que cada persona colocaba rosas en el féretro de su hermana, sin tomar en cuenta que ella las consideraba cliché. Sin mencionar que, además, odiaba que las personas se lamentaran por ella.

Dos horas pasaron, luego de ese momento, cuando se pudo observar a sus amigos más cercanos ingresar al lugar, con quienes ella había compartido los mejores y peores momentos.

Llenos de enojo y desilusión observaban a las personas a su alrededor, e identificaban el grado de hipocresía en quienes más habían atormentado a su amiga en el transcurso de su vida.

Cegados por el hartazgo, decidieron acercarse hacia los padres de la difunta expresándole su disgusto.

–Disculpe el atrevimiento señor y, antes que nada, le ofrecemos nuestro más sentido pésame, pero usted ¿se sentirá ofendido si cambiáramos la disposición del velorio?–le expresó Daiana, quien era la amiga más cercana a la fallecida, inmersa en lágrimas.

–Perdón, Daiana, pero ¿a qué te referís con eso?

–Ella detestaba las flores y acá hay más pétalos que en una florería, ella vivía sonriendo y nos encontramos llorando por ella ¡No hay ni música en el ambiente y ella amaba cantar!

–Nos duelen las risas, nos duelen sus recuerdos y, más que nada, nos duele la música. Nuestro deseo más grande es sufrir en silencio.

–Entonces, los velorios no son para recordar a los muertos, sino un mero acto para los vivos llenos de lujos e hipocresía, señor.

En contra de sus ideologías, el padre comenzó a reproducir cada disco de su hija y, además, todas las grabaciones donde ella cantaba. De este modo, transformó su gris hogar en un clima de duelo mucho más conmovedor y emocionante.

Al finalizar el día, su madre llegó a la conclusión que su herida iba a persistir pero, para acelerar su cicatrización, debía recordar con orgullo cada día a su hija y confiar en que su niña había elegido a grandes amigos. Pero por sobre todo, que debía vivir por sobre el dolor.

La impenitencia

Victoria Connell

A Eugenia siempre le gustaron las películas de terror o de suspenso. Pero, sobre todo, era preponderante. Así que sólo mirábamos lo que ella quería.

Aquel día estábamos solas en el quincho de casa, cuando decidió ver una película religiosa. Era tarde y el sol comenzaba a esconderse, tenía ese color anaranjado que tanto me gustaba. Podía notarlo por la luz que se reflejaba, así que sólo por esa vez me animé a no temer.

En el momento exacto en que el actor que interpretaba a Jesús estaba siendo crucificado, la música cristiana de fondo se tornó tenebrosa. Comencé a sentir escalofríos por todo el cuerpo. Ahí mismo noté una sombra pasar por el patio. Los perros le ladraban sin cesar, aunque yo aún no sabía a qué. El cielo se tornó gris de un minuto a otro, y cuando intenté avisarle a Eugenia, la vi y lo supe.

Sola, porque mi amiga me ignoraba, me desesperé con cada paso que daba. Salió de entre las plantas, comenzó a mirarme fijo y caminar hacia mí. Era la muerte personificada: su cara pálida me estremecía, al igual que su pelo largo y negro como la oscuridad. Llevaba una túnica blanca, un poco rota y al parecer vieja, que llegaba hasta el piso. Su espeluznante caminar me incomodaba.

Grité con toda la furia por el enojo y el miedo. Ella, que todavía no había entrado, lo disfrutó. Zamarree a Eugenia para que me preste atención y haga algo. Pero ya era tarde.

Cuando abrió la puerta corrediza, la música se intensificó. Eugenia gritó, pero le tapé la boca porque ella se alimentaba de nuestro miedo.

Con la ilusión de que sea una ladrona, le dije que se llevara todo, que no nos haga nada. Se rió automáticamente y soltó dos palabras: “tu vida”. Entré en pánico, sabía que ella vendría. Caminé hacia atrás casi escapando, intentando negociar mi muerte por la de alguien más. Eugenia salió corriendo, pero ella no desvió la mirada. Me quería a mí.

Cuando me dijo que me buscaba por justicia divina, la música de la película se incrementó. Con voz temblorosa, le pregunté porqué, intentando que creyera mi inocencia. Soltó los más de cien nombres de las personas que habían muerto en mis manos, y automáticamente se abalanzó sobre mí.

Me arrinconó contra una pared y puso sus manos en mi cuello. Lo apretó muy fuerte, con cada segundo que pasaba lo intensificaba. Sólo sentía la música, cada vez más tenebrosa, cada vez más siniestra. Sentí mucho calor y una gota de transpiración correr mi frente por última vez; la última justo antes de mi último respiro, justo antes de que la película terminara, que la música cortara y que la policía entrara, sentí el arrepentimiento de haber sacrificado a cientos.

Un destino doloroso

Tomás Coronel

El día 26 de agosto de 2008 sonó mi teléfono, era una llamada de un número que no tenía agendado. Atendí muy curiosa y lo único que se escuchaba era un silencio atroz hasta que a la brevedad sentí una voz que me resultaba familiar; se notaba nerviosa, triste y trabada. En ese momento, me preocupé y se me pasaron varias cosas por la cabeza. La abuela de Tomi me decía:

–¡Sofía! ¿Te enteraste lo que le pasó a Tomás?

–No Pochi, no me enteré nada ¿Qué pasó?

–Tuvo un accidente en moto con sus amigos y está en el hospital.

Me fui enseguida a ver qué era lo que había pasado y cómo estaba él y sus amigos. Cuando llegué ya era tarde, todos se iban llorando al velatorio donde los íbamos a despedir. Al instante, me agarró un ataque de pánico y no sabía para dónde salir.

Horas más tarde mis papás me llevaron a la sala velatoria y vi a todas las personas que lo querían llorando muy tristes por la pérdida de nuestro querido Tomi; sus grupos de

amigos (porque tenía varios), lloraban recordando los momentos vividos, mientras que otros trataban de consolar a sus pares.

Miré para un costado y estaban los papás y sus hermanitos abrazados, los más chiquitos mucho no entendían lo que estaba pasando, pero se daban cuenta que su hermano mayor se había ido al cielo. En frente mío estaba sus tíos tocándole la palma de su mano mientras se miraban y sonreían, y un murmullo se escuchó; Pablo y Marcela recordaban el último cumpleaños que habían pasado juntos.

–¿Te acordás el asado que hizo Tomi para mi cumpleaños?

–Sí, ¡Cómo no me voy a acordar! Conseguimos a último momento el asador– dijo entre risas Marcela.

–Sí, salió de él encima. Mucho más valor tiene.

–Era más bueno, no tenía problema con nada.

–Se le quemó, pero igual estaba rico– decía Pablo en un tono gracioso.

Lo recordaban con cariño, algunos de sus amigos me contaban que era insoportable hablando de mí; que estaban celosos porque pasaba la mitad del tiempo conmigo pero que igual estaban contentos porque yo le hacía bien.

Al ratito vino su abuela muy mal a buscar consuelo en mí, y entonces me puse a contarle anécdotas nuestras; peleas y diferencias. El momento más lindo llegó cuando juntas nos pusimos a pensar en todas las veces que fuimos a comer a su casa.

Fue uno de los peores momentos que pasé en mi vida, mi novio me dejaba sola, no por decisión de él sino porque el destino lo quiso así, pero a la vez me daba cuenta que toda la gente que lo acompañaba lo quería mucho. Estoy agradecida a la vida que me haya puesto a Tomás en mi camino.

Un frío que hiela la piel

Mariana De Marziani

Eran cerca de las cinco de la mañana cuando subió al micro que la iba a llevar a sus tan esperadas vacaciones. Hacía meses que las venía planeando y finalmente había llegado el día de emprender el viaje para conocer la nieve. Como sabía que la esperaba un largo viaje, estaba bien preparada para eso: tenía un termo lleno, variedad de comida y golosinas, el celular bien cargado y lleno de música. No necesitaba más.

Después de algunas horas de viaje, se acomodó para dormir pero, aunque estaba cansada, había algo que la tenía intranquila y no le permitía conciliar el sueño. Su compañero de asiento, un hombre robusto de unos 50 años no le sacaba la mirada de encima y aprovechaba cada oportunidad que tenía para rozar su cuerpo con el de ella. Para no ponerse nerviosa, decidió pensar que seguramente había sido sin intención y lo dejó pasar. Se puso los auriculares, y encendió la música para intentar despejar su mente. Y funcionó, de a poco se fue quedando dormida hasta caer en un profundo sueño.

De repente, sintió que algo tocaba su pierna, así que lentamente fue abriendo un ojo para poder ver qué pasaba. Era la mano de aquel hombre la que recorría toda su pierna. Ella, sin poder decir una palabra, se estremeció, sintió cómo su cuerpo se helaba frente a esa mano tan fría que no dejaba de acariciarla. No sabía cómo reaccionar a una situación así, hasta que tomó coraje, abrió sus ojos comenzó a gritar. Gritó tan fuerte que incluso despertó a la gente que dormía. Todos la miraron y, aunque habían escuchado claramente su pedido de auxilio, nadie se acercó a ayudarla.

Frente a tanta indiferencia, su enojo fue mayor y comenzó a insultar al hombre, que sin decir una sola palabra la miraba. Al seguir escuchando sus quejas, una sola persona se acercó a ver qué pasaba. Entre gritos y lágrimas intentó explicarle lo sucedido, mientras el hombre se defendía diciendo que estaba loca y que él jamás haría algo así. Y le creyó. Eligió creerle a ese hombre aunque ella juraba estar diciendo la verdad. Y volvió a sentarse a su asiento, como si nada pasara.

La sangre ajena

Rosario De Rosa

Abrí los ojos y vi la luz filtrándose por la ventana. Me tomó unos instantes percibir el espacio a mi alrededor: la camilla, el suero, las máquinas y cables. Entonces, una oleada de alivio. Recordé el trasplante, los cuidados preoperatorios, el último beso de mi mamá. Estaba despierta, estaba viva, todo estaba bien. Instintivamente me llevé la mano al cuello para palpar mi rosario de plata. No lo tenía. De seguro me lo habían sacado para operarme.

Accioné el botón para llamar a la enfermera. Se presentó a los pocos segundos, la mirada cálida y la sonrisa en el rostro. No la había visto antes. Me dio la bienvenida con cariño y me realizó unas cuantas evaluaciones. Cuando finalizó, se encaminó hacia la puerta diciendo:

–Todo bien, Magui, en un rato viene el doctor.

No tuve tiempo ni fuerzas para decirle que mi nombre era Belén. Tampoco me importó. Permanecí sola la siguiente media hora hasta que se presentó el médico. Tras una serie de procedimientos, me felicitó y exclamó:

–¡Qué fuerte fuiste, flaquita! Todo en orden, ya podemos hacer pasar a tu familia.

Sonreí de sólo pensar en mamá y Flopi. Los imaginé en los pasillos, una caminando histérica, la otra comiéndose las uñas. No podía esperar para verlos, para acariciar sus dulces rostros, aquellos que me acompañaban aún en los momentos más...

–¡Magui, mi amor!– gritó una voz aguda, quebrada por el llanto.

–¡Mi vida, ya está! ¡Ya pasó!– exclamó una segunda voz, masculina y grave.

De pronto, la desazón total. Volteé la cabeza hacia la puerta y confirmé, con horror, lo que las voces habían insinuado: esas personas no eran mamá y Flopi, sino dos completos desconocidos.

Quise gritar, pero la traqueotomía se había robado mi voz. Quise decir algo, sin embargo, dos bocas desconocidas llenaron mis mejillas de besos. Quise implorar que me suelten y me lleven con mi familia, pero entonces miré mis manos y no eran mías, el pelo ondulado en lugar de mi melena lacia, el rosario que no estaba, mi nuevo nombre, Magui (¿Magdalena o Magalí?) ¡Soy Belén, por el amor de Dios! Hasta las lágrimas se me antojaron extrañas.

–Mi cielo, ¡Tuve tanto miedo!– susurró mi “mamá”. –Sé que quizás no está bien que sepas esto, pero la otra nena que también se operó, no salió, entró en paro y nada pudieron hacer. La hermanita ¡cómo lloraba! Y la madre apenas se sostenía de la tristeza.

–Hay que agradecer, mi amor– la frenó su marido –agradecer por lo afortunada que fuiste, que estés acá con mamá y papá.

Cuando finalizó el horario de visita, la luz ya no entraba por la ventana.

Sola en mi habitación no me resultó difícil tomar mi última determinación.

Me hubiera encantado poder permanecer en esta nueva vida. Incluso llegué a sentir una inmensa pena por esa pareja que perdería lo más valioso que poseía, justo después de haberlo recuperado. Sin embargo, cuando clavé los vidrios del espejo en mis brazos, sólo pude pensar en la inscripción que dejé grabada con mi propia (¿o ajena?) sangre en los azulejos del baño: “No soy Magui. Soy Belén”.

Un hotel para la tumba

Delfina Desmoures

Los gritos de mi mamá intentando despertarme no me molestaron ese día, era verano y mi sonrisa se podía notar a kilómetros de distancia. Como todas las vacaciones, mis papás elegían distintos destinos para conocer, con la idea de recorrer el mundo. Ese año nuestro destino era Huilo-Huilo, Chile.

Partimos a las cinco de la mañana, ya que nos esperaba un largo viaje de aproximadamente 17 horas, sumándole el tiempo que estaríamos detenidos en la

aduana. Pudimos cruzarla exitosamente, todo estaba saliendo según lo acordado, pero en mi familia la suerte no siempre nos acompañaba. Eran las nueve de la noche y ya en Chile estábamos en busca del hotel, cosa que no debería ser complicada, pero por mala suerte, un accidente había causado el cierre de la ruta por lo que teníamos que tomar una desviación.

Ya era de noche y queríamos llegar al hotel, así que decidimos desviarnos por un camino que el gps nos indicaba. Éste era un trayecto de montaña tan angosto que sólo se podía avanzar de un auto a la vez. Era oscuro, muy oscuro, no se veía dónde doblaba, por lo que temíamos caer al precipicio.

Íbamos lento y con miedo, nos encontrábamos en el medio de la nada. Empezamos a dudar si volver a la ruta principal y esperar allí, pero un auto nos alcanzó, impidiéndonos regresar. Lo único que nos quedaba por hacer era seguir avanzando. Para seguir con la mala suerte, como solía suceder en las películas, se largó a llover, lo que provocó que el temor que había en el auto continúe aumentando.

Llegamos a un diminuto pueblo donde decidimos pasar la noche, papá manejaba mientras mamá se concentraba en hallar algún lugar para poder dormir. Así lo hizo, el gps marcaba que a tan solo tres cuadras se encontraba un pequeño hotel de pocas estrellas, si es que las tenía, llamado Shalom. Sin buscar información extra, fuimos inmediatamente.

Diez u once fueron el número de vueltas que hicimos buscando dicho hotel, cansados de seguir andando decidimos frenar en lo que parecía un hogar de ancianos para preguntarle allí a unos señores que muy cómodamente tomaban mates, dónde estaba el tan esperado hotel Shalom. Resultó ser que ese lugar que no tenía ningún cartel era el famoso hotel que estábamos buscando.

Fui la primera en entrar, lo hice corriendo ya que la lluvia me molestaba y al hacerlo algo me sorprendió. Las estructuras del edificio eran viejas y parecía que el techo iba a caerse en cualquier momento. Lo más raro era la cantidad de estatuas y flores que había por pasillo y cruces que colgaban por doquier.

No hice ningún comentario al respecto porque solo estaríamos allí una noche, pero cuando entramos a lo que era nuestra habitación empezaron mis quejas. La cama estaba rota, la puerta que daba al pasillo no cerraba completamente y al igual que en los pasillos había cruces y flores. Además, al lado de cada cama había una biblia. No pegué un ojo en toda la noche, al igual que mi familia. El lugar era terrorífico.

Al día siguiente, nos fuimos temprano para escaparnos lo antes posible. Así fue que fuimos a desayunar a una estación de servicio donde nos contaron que, lo que ahora era conocido como el hotel Shalom, antes funcionaba como una casa funeraria que había sido cerrada hace tan solo diez años.

Sin mirar atrás, huimos de ese horrible lugar y decidimos que desde ese momento iban a empezar en realidad nuestras vacaciones.

Un nuevo despertar

Anaclara Díaz Vélez

Jane. Así se llamaba el quinto hijo de Herminda. Acostumbrada a presenciar el nacimiento de sus hijos muertos, era automático, paría y seguía trabajando en medio del pescado podrido, la mugre y distintos animales moribundos con enfermedades terminales para cualquier ser humano.

Allí lo hallaron, en medio de todos los desperdicios, atrás de una cortina, escondido, abandonado, llorando desconsoladamente. La madre, sorprendida, notó el revuelo de las personas a su alrededor por ver al pequeño, y trató de escapar. La encontraron, la atraparon y decidieron ahorcarla por asesina.

Jane nació en agosto de 1738, época donde el frío te penetraba los huesos y la noche era más larga que las demás. Pero, para su fortuna, apareció la señora Flayers, que presenció la escena, ofreciéndole una frazada y hospedaje en su casa para protegerlo de la intemperie que se le aproximaba. Duró pocos años allí, en los cuales su marido,

ayudó a cuidarlo y combatir varias enfermedades que padeció por nacer en condiciones deplorables.

La familia que le dio tránsito era muy precaria, contaba con seis hijos y un hogar muy pequeño a las afueras de la ciudad, llenos de amor y humildad. El padre trabajaba sin parar, pero la comida nunca alcanzaba; por eso, decidieron llevar a Jane a una casa en adopción, con la esperanza de que le brindaran mejores condiciones de vida y pudiera encontrar una familia que lo cuidara y amara como merecía.

Allí comenzó a crecer con muchos chicos de su misma edad, pero por desgracia, bajo la custodia y maltrato de la dueña de la casa, Silvers, quien pedía favores a cambio de comida. Jane, con dos amigos con los que tenía más afinidad, eran porfiados, mal llevados y escurridizos, optando desesperadamente por escapar a la malle, morían de hambre y vivían maltratados.

Allí comenzaron de cero, su vida les encantaba, cuando tenían hambre le pedían a las personas o a las panaderías. Pasaban días con hambre, y muchas veces extrañaban un techo y una cama, pero amaban la libertad. Con 11 y 13 años vivían con impunidad y compañerismo.

Días y noches pasaron en la calle, pero querían más. Presenciaron varios robos y les gustaba la adrenalina, quisieron probar la experiencia. Se habían cansado de “la vida difícil” y querían conseguir las cosas sin esfuerzo, sin trabajar.

Estuvieron largo rato robando, se divertían, lo veían como un juego; eran chicos, sabían que estaba mal, pero les gustaba. En una de sus salidas, Jane se encontró con la señora Flyers, pero cuando logró reconocerla, ya era tarde.

Ella visualizó la situación, sabiendo que iba por mal camino y que era difícil que cambiara, llamó a la policía con la esperanza de darle un susto y que recapacitara, porque muy probablemente podría continuar peor. Cuando Jane logró verla, se acordó de todo lo que hizo por él y pudo reflexionar.

Jane fue detenido unos días, y al salir, la buscó para pedirle ayuda. Flyers hizo todo lo posible por buscarles trabajo a los tres y poder progresar, empezar de nuevo.

El heredero de París

Mateo Dragojevich

Luego de que su madre falleciera, Jean Baptiste no sabía a dónde ir. Un recién nacido sin madre ni padre, lo dejaron en el orfanato hasta que alguien se hiciera cargo. Hasta que un día apareció una pareja no muy conocida en la ciudad, arreglaron con el dueño del orfanato y terminaron adoptando a Jean.

Se dirigieron a su nuevo hogar, él y su nueva familia, a una casa muy linda, alejada del centro de París. Su madre se llamaba ahora Charlotte y su padre Pierre, poco se sabía de ellos ya que mantenían un perfil bajo, lo que se sabía era que estaban muy bien económicamente, que vendían perfumes y que él trabajaba de noche. No se conocía muy bien de qué, pero sí que salía por las noches. Jean se crió e hizo su infancia allí en esa casa con sus vecinos y los amigos que iba haciendo, sin importar la situación que estaba viviendo la ciudad. Le gustaba pelear como a su padre, molestaba a todo el mundo desde chico.

Entonces Pierre le enseñó a pelear a su hijo, como a él tanto le gustaba. Alguna vez peleó por dinero, muy poca gente le ganaba. Distintos tipos de técnicas, posiciones y tomas, preparándolo de a poco; a medida que iban pasando los años peleaba mejor, su padre lo veía muy bien, nadie le podía ganar, era de lo mejor para su edad. Entonces fue en ese momento que Pierre se dio cuenta que ya estaba preparado para enseñarle a su hijo lo que hacía por las noches. Con 17 años, Jean estaba listo.

Estaban Charlotte y Pierre charlaban en la casa mientras su hijo estaba afuera y él le dijo:

–Me parece que llegó el momento, ¿no Charlotte?

–Sí, debes enseñarle lo que haces, tenés que dejar un heredero- ella le respondió.

Entonces, sale afuera a hablar con su hijo:

–Hijo tengo que decirte algo– le dijo Pierre.
–Qué papá, no me asustes.
–Te voy a enseñar lo que hago por las noches, acompáñame.
Se fueron los dos para adentro, a la habitación de él y le mostró lo que tenía en un cajón.
–Esto utilizo yo por las noches, cuchillos, un traje para que no me identifiquen y unas cosas más.
–¿Acaso sos un asesino?
–Así es hijo, soy un asesino que sale a las noches a cambio de dinero, la gente me dice a quién eliminar y yo lo ejecuto.
–¿Y por qué el perfume? – pregunta Jean
–El perfume lo utilizo para atraer a mi víctima
–Pero...– se quedó pensando él. – ¿Es para mujeres?
–Así es hijo, asesino mujeres, hago el trabajo que los otros no pueden ¿estás preparado para hacer este trabajo?
–Por supuesto papá, será un honor ser tu secuaz.
–Y próximamente el heredero en esta ciudad– le dijo esto último mientras lo abrazaba, y partieron.

Los recuerdos de siempre

María Jesús Duarte

Se podía sentir la tristeza en el aire. En esa habitación tan fría y silenciosa, tan llena y vacía a la vez. Con ese olor tan propio de las casas funerarias, olor a madera, a viejo, a muerte. Allí se encontraba la mamá, en un rincón sentada junto al cajón en uno de los largos bancos; a la derecha estaban sus hermanos, tan destrozados como ella, sus amigos también estaban, nunca la dejarían sola.

Su abuela no pudo asistir, no aceptaba la idea de verla así, fría y vacía, después de haberla cuidado por tantos años. Las tardes que su mamá se iba a trabajar y ella se quedaba en su casa mirando dibujitos y tomando la chocolatada después de la escuela. No podía aceptar que con 18 años se hubiese muerto, ya no volvería a ver más su sonrisa, a escuchar su voz, a sentir sus abrazos que eran tan especiales.

Decidió ir, quería verla una última vez, aunque sea en ese estado. Sentía la necesidad de ir a despedirse. Así que fue a la florería y compró margaritas -sus favoritas, se lo dijo aquella vez que llenaron el patio de éstas- y fue.

Cuando llegó, se encontró con Valen, la mejor amiga, sentada afuera llorando. Se acordó de todas las tardes que pasaban juntas en su casa tomando mates y riéndose hasta que les doliera la panza. Cuando Valen la vio llegar, se levantó y la abrazó. Ninguna dijo nada, a veces el silencio lo dice todo.

Tomó coraje y entró, sabía que la afectaría, pero no tanto. Fue directamente al cajón y dejó las flores. Abrazó a la mamá, su hija, y ambas comenzaron a llorar desconsoladamente. Las dos necesitaban aquel abrazo, aquellas lágrimas.

Lo que menos hubiera querido ella era que lloren, ver a sus familiares y amigos en ese estado la habría afectado muchísimo. Pero no fue su elección, no quería morir, menos de aquella manera. Sin embargo, a veces, no es uno el que elige.

No me olviden

Iara Flores

Me generaba un sentimiento repugnante ver a tantos hipócritas llorando por mí cuando, anteriormente ni siquiera se habían preocupado por cómo me encontraba. Pero no iba a quedarme con aquella visión, sino que me enfocaría en mis allegados, siendo sincera, nunca creí que vendrían a verme esa cantidad de personas.

La mayoría llevaba ropa color negra, como símbolo de duelo (o luto). Mi mirada se centró primeramente en mi madre. “Por favor no llores porque se parte el alma”, pensé

sin dejar de observarla mientras derramaba lágrimas aferrada al torso de mi padre. Él, que demostraba fortaleza, ojeaba el salón con mera tristeza. Siempre había dicho que era su favorita; fuimos tan unidos, ya hasta me imaginaba toda la agonía que sentía por dentro. Su traje completamente negro lo dejaba verse con una pinta de empresario, lo que causó alguna risa, llena de nostalgia, en mí. Tenía ganas de abrazarlos y decirles que estaba bien y siempre permanecería a su lado, cuidándolos.

Afuera llovía, parecía una broma, ya que el clima combinaba con el momento que se estaba viviendo. En la entrada del velatorio estaban mis amigos, esos que me vieron carcajear hasta aguantarme las ganas de ir al baño, así como también prestaron su hombro para llorar y me apoyaron en todo momento. Ahora que los veía me arrepentía de no haberles dicho que los quería la última vez que los vi.

Mi mejor amiga estaba allí, apartada de los demás, mirando el suelo. Sus sollozos eran casi inaudibles, pero sabía que le afectaba mi partida. Fuimos demasiado unidos, ambas éramos una especie de pilar para la otra. Volví donde estaban mis otros amigos, sólo uno se encontraba llorando, los otros se hacían los rudos; los conocía tan bien. Todos ellos llevaban algo que yo les había obsequiado: desde una camisa, hasta alguna especie de pin de aquellas películas que les gustaban. Los iba a echar mucho en falta.

Nunca creí que iba a encontrarme narrando mi funeral, pero todo lo que veía me conmovía. Volví a donde estaba mi mamá, quien se encontraba abrazando al cajón; alrededor había flores y una foto mía junto a un gran: “Nunca te olvidaremos”. Sonreí con mis ojos llenos de lágrimas, observé mi vestido blanco y después a todas las personas que más me importaban. Y susurré: “Los amo muchísimo y siempre estaré con ustedes”.

Partes de mí

Melina García Hilarón

Todos los días, a mi parecer, eran exactamente iguales: por un lado, las calles llenas de barro inmundado; por la lluvia parecía siempre provenir del más horroroso pantano, la cabeza de los pescados con orificios por donde claramente se podía ver algún que otro gusano removiéndose entre las hediondas carnes, las cuales emanaban aromas repugnantes, que me contraían el estómago y hacían arder mi nariz. Por otro lado, las personas circulando todos apegados unos a otros, como si se tratara de un ganado, sucios, con ropa que parecía haberse hecho de trapos viejos y malolientes. El lodo que se formaba nunca faltaba como accesorio de ellos; siempre estaba en sus caras, manos y pelo.

Han pasado diez años desde que nací, y según dice la gente, nunca tuve que haberlo hecho. Yo Jean Baptiste, de complexión menuda y débil, cuerpo frágil, ojos hinchados, costillas sobresalientes, manos siempre sucias con uñas extremadamente largas (algunas se encontraban rotas) y una inusual manera de caminar, espalda encorvada, manos cruzadas, pasos veloces y tambaleantes, era parte del conjunto de animales, las cuales se hacían llamar personas. Una tarde me encontraba caminando por las miserables calles del mercado de mariscos, cuando de repente escuché:

- ¡Jean Baptiste! ¡Ven aquí inmediatamente!

El viejo del puesto de calamares me buscaba, de seguro volvería a golpearme por no haber finalizado bien el trabajo.

-¿Qué necesita, señor?- contesté, preparándome para sentir el impacto de la mano áspera en mi cara.

Y no me equivocaba, apenas terminé esas palabras, me propinó un golpe que me dejó en el suelo junto a las vísceras podridas y el barro inmundado. El olor a sangre podrida, que logró infiltrarse por mi nariz, hizo de devolviera lo poco que había podido comer.

-Mocosos insolentes, eres una desgracia- gritó el viejo. -¡Te doy techo, comida y ropa y así me pagás! Todo el producto echado a perder por la torpeza de un huérfano-. Se calló un momento y retomó el habla. -¡No quiero verte más cerca de mí, no me servís!- ultimó.

Levantó su mano, entre mis dedos, divisó una de las tantas tripas que lo rodeaban, eran frescas, porque la sangre goteaba sobre mi rostro, que al mismo tiempo se mezclaban con sus saladas lágrimas.

“¡Mis queridas viseras, mi querido barco!”. Pensé. Desde que nací, han estado conmigo. Son las únicas cosas que no me han abandonado.

El mismo destino

Tomás Gazzaniga

Situémonos en París a mediados del siglo XVIII, más precisamente en 1783, pocos años antes de la Revolución Francesa, cuando nadie, excepto los monarcas, escapaba de la miseria.

En ese contexto, quizás en el lugar más repugnante de aquella ciudad, en el que comenzó la historia (y también la vida) de Jean Baptiste. Su madre trabajaba en el puesto de mariscos y, durante la jornada laboral habitual, sintió las contracciones propias de los partos. Terminó dando a luz en la oscuridad del depósito de aquel puesto, sin esperanza alguna de que el niño sobreviviera, ya que sus cuatro experiencias anteriores habían culminado con la muerte del recién nacido.

Jean Baptiste fue la excepción. Si bien nació en condiciones totalmente inhumanas, entre ratas y sobras de pescado podrido, la fortaleza del niño fue tal que, después de que su madre decidiera dejarlo librado a la suerte del azar, rompió en el que fue su primer llanto, y fue encontrado por gente que se encontraba próxima al puesto. Al descubrir la intención de su madre de abandonarlo, la acusaron de asesina y, como se acostumbraba en aquella época, fue ejecutada en horca.

La mujer que encontró al indefenso niño en aquel ambiente hostil decidió hacerse cargo y le brindó mucho amor y protección, lo que no era común en esos tiempos. Sin embargo, el niño se crió con el sabor amargo de saber que su madre biológica lo había rechazado al nacer, y fue justamente ese resentimiento lo que hizo que, al cumplir 16 años, huyera de aquella casa que había sido su nido protector para dedicar su tiempo a la delincuencia.

Sus primeros actos vandálicos consistieron en simples hurtos a los mercados de la ciudad, de los que lograba salir airoso escondiéndose en algún callejón. Pasado un tiempo, su ambición de venganza hacia esa sociedad que, habiendo acusado de asesina a su madre, había terminado asesinandola, hizo que violara a una joven, desconociendo que era amiga de la princesa Fantine. Al enterarse de la noticia, los reyes comenzaron una búsqueda inalcanzable del delincuente, ofreciendo enormes recompensas a quien lo encontrara y entregara vivo o muerto.

Finalmente, fue hallado en un campo de la ciudad de Montpellier y enviado a la horca, al igual que su madre.

Perdieron el control

Carolina Hernández

Aquel día nadie imaginó lo que sucedería. El grupo de estudiantes del Taller de Escritura I estaba tratando de concentrarse en producir algo creativo cuando un estruendo acaparó su atención. Los curiosos, obviamente, saltaron a la ventana pero no lograron ver nada; una luz fluorescente los encandilaba, además de un ruido que los aturdió. Después de varios minutos los chicos estaban cada vez más alterados y perdiendo el control, empezaron a correr hacia la salida, tropezando unos con otros. Había mucho polvo en el ambiente que les impedía ver el camino por el que debían irse, para huir de este hecho tan horrible que estaban viviendo.

Camila era una de las estudiantes, la más pequeña del taller, lloraba, gritaba; se dejó llevar por la desesperación. Fue la más shockeada, de un momento a otro se arrodilló

en la mitad del salón y rogó: “Dios por lo que más quieras, no me quites la vida, quiero conocer a mi hermana, ya casi va a nacer”.

Después de varios minutos, casi de horas, Camila sacó una cerveza, no se supo de dónde, se sirvió bastante para analizar la situación. Ella tenía en la cabeza que lo que había ocurrido podía ser producto de una invasión extraterrestre, claramente no tenía cómo comprobarlo; en medio de la oscuridad empezaba a buscar su celular, la idea era utilizarlo como linterna y así intentar salir. Se tropezó con algo muy frío y le dijo:

–Hola soy Camila ¿quién eres?– pero no tuvo respuesta.

Se atrevió a tocarlo pero fue lo peor que pudo haber hecho, la agarraron, se la llevaron a un lugar sin salida y fue allí donde confirmó que sí habían sido extraterrestres; tenía la esperanza de que algunos compañeros o familiares iniciaran una búsqueda bastante grande y rápida para encontrarla.

Todos los que Camila esperaba que la buscaran, habían perdido el recuerdo de ella, para ellos jamás existió. Ella en ese lugar frío, oscuro, lleno de tristeza donde sentía que no pasaba el tiempo, nunca se enteró de lo que pasaba en la Tierra con sus amigos y familia. Creía que aún lo recordaban; no fue así.

Fantasmal amor

Andrea López

Al ingresar a la habitación, luego de que se me hubiera roto el vestido, sentí una presencia. Una presencia que ya conocía, un olor, un sentimiento. Era Simon.

Días atrás, al contarme cómo debía hacer para liberarse, para poder dormir después de tanto como deseaba, decidí ayudarlo de alguna forma posible. Debía rezar por sus pecados y por él. Entonces me dispuse a darle esa ayuda.

Cuando Simon entró a la habitación, cerré la puerta. Sentía que en cada paso que daba, me seguía con la mirada, sentía ese calor y nerviosismo por mi parte. Me di vuelta y le dije:

–Estoy dispuesta a ayudarte.

Él me miró, esbozó un sonido y me dijo:

–Me alegra mucho saber eso, te aprecio mucho Virginia.

Sonreí, sentía una leve atracción por él, pero no pensé en ningún segundo en mi marido en ese momento.

Pensaba en él: Simon.

Me agaché y empecé a rezar, una y otra vez con mucha dedicación, por él. No lo miré, se sentó en la cama y no emitió ningún sonido, no dio indicios de querer decir algo.

A los minutos sentí una mano en mi hombro, cálida y firme que no parecía de fantasma. Me ayudó a levantarme y me miró un buen rato. Me ruboricé al ver la ropa que llevaba puesta ante él, se dejaba ver uno de mis hombros y la parte de mi falda mostraba transparencias.

Me miró de arriba hacia abajo y de a poco empezó a tocar mi hombro descubierto, bajando la única manga que quedaba sobre mi cuerpo. Temblé, puedo admitirlo, pero ahí estaba yo sin decirle que parara, ni quejándome, sólo cedía a ese calor, a ese momento íntimo entre nosotros dos, sin pensar en nadie más.

El vestido cayó en una milésima de segundo, quedándome en ropa interior ante él. Comenzó a darme besos por el cuello y a hacerme caricias. Sentía un escalofrío cada vez que su boca tocaba mi piel. Me miró y me besó, sin pensarlo dos veces.

Cedí, lo besé, fuertemente y con pasión, accedí a esa chispa que nos encendía, a esas llamas que sólo nosotros sentíamos en ese momento. Pronto el calor fue aumentando, dejándonos yacer sobre la cama sin que ninguna prenda se quede en el medio.

Calor y más calor era lo que podía sentir y nada que me detuviera. Al cabo de un rato, me encontraba tendida en su pecho, con sudor y agitación.

Lo miré. Me miró.

Volvió a decirme que me quería y me obsequió un cobre de joyas. Sabía que ahí quedaba nuestro secreto. En ese amor.

El precio de la libertad

Valentina López Zavaleta

El pequeño Jean Baptiste ya para su decimoquinto cumpleaños había visto París más veces que cualquier otro hombre de mediana edad. Audaz, alto y fuerte, disfrutaba de las noches parisinas bebiendo y fumando junto con alguna prostituta que se sentaba en su regazo.

Era un muchacho hermoso, de rasgos parecidos a los de su difunta madre, con excepción de sus ojos que eran de un color marrón oscuro, llenos de odio, rabia y, sobre todo, tristeza. Era un melancólico joven que vivía en una de las ciudades más grandes y populares de Europa. Envidiado por aquellos que fuesen de apariencia tosca y admirado y aclamado por toda mujer que lo viese.

Durante el día, si no descansaba después de una larga noche, robaba. Le hurtaba a cualquiera que creía que tenía demasiado, por lo general burgueses que derrochaban y despreciaban a todo aquel que mendigara. Junto a sus compañeros, Paul y Abel, Jean gozaba hurtar, la adrenalina se abría paso ahuyentando la tristeza que él sentía y, por unos minutos, se sentía libre. Hasta que un día todo cambió.

Un miércoles de mucho frío, después de ahogar sus penas con alcohol, se dispuso a caminar hasta un mercado en el que una vez su madre había trabajado. En aquel lugar reinaba la mugre y el caos, estaba atestado de adinerados inquietos y restos de lo que parecía ser pescados muertos y barro. Cuando divisó su blanco, un hombre anciano de finas vestiduras, se abalanzó sobre él justo en el momento que éste se estaba acercando, y con pura normalidad le robó. Al darse cuenta el hombre, al primero que acusó fue al único con el que se había topado. El policía que custodiaba el mercado corrió hasta que Jean fue atrapado por otro policía que pasaba por ahí.

Después de ser arrestado, el joven fue encerrado en una cárcel junto a otros diez hombres, sin comida ni agua. A los quince días fue sentenciado a la horca por el juez que resultó ser el anciano robado, y el día en que Jean murió, nunca, ningún hombre o mujer, sintió más alivio que él porque, finalmente, esa vida de robo, sufrimiento y soledad estaba a punto de terminar.

La escapatoria

Guillermina Medina

Finalmente, Edmundo Dantés, luego de estar siete años en prisión, logró escapar, y nadando llegó a la Isla de Montecristo. Allí se encargó de buscar el tesoro que el cura le había recomendado. Después de cavar en tres lugares diferentes, encontró una enorme fortuna y fue ahí donde decidió emprender regreso a su pueblo, ir en busca de Mercedes y vengarse por fin de Fernando por lo que había hecho.

Con cortezas, ramas y restos de plantas armó una balsa y remos y siguiendo sus conocimientos sobre la navegación, se fue por mar abierto. Pasó días y noches remando y cuidando dicha fortuna, hasta que por fin se encontró con tierra firme y, afortunadamente, era su pueblo.

Al llegar, fue corriendo a su casa, todos en el barrio lo miraban asustados y nadie lo reconocía. Entró y se encontró con su padre, a quien fue a abrazar llorando y agradeciendo a Dios que estuviera vivo. Le contó todo lo que había pasado en prisión y también sobre la trampa que le tendió Fernando. En ese momento, decidió ir hacia la ciudad de los catalanes, buscar a Mercedes y terminar con su plan: la venganza.

Entró a la casa de Mercedes y se encontró con que estaba cenando con su actual prometido, Fernando. Dantés corrió y abrazó a su amada. Ésta, inmediatamente, lo reconoció y rompió en llanto y felicidad. Fernando no podía creer lo que estaba viendo, pero simulando alegría lo saludó. Edmundo sólo respondió golpeándolo y sacándolo del hogar. Luego, le explicó a Mercedes qué era lo que su primo había hecho con él, y le propuso que lo ayudara en la venganza, a lo que ella aceptó.

Luego de eso, fueron a hablar con Napoleón, le contaron todo lo sucedido y por consecuencia, todo lo que había pasado Dantés por culpa de Fernando. A éste poco le importó y lo mandó a sacar de su oficina. Entonces, dado que no recibieron la ayuda esperada, Mercedes decidió romper la relación con su primo y volver con su amado, Dantés.

Fernando, al ver que después de tantos años su plan había fracasado y había perdido lo que tanto deseaba, decidió suicidarse. Esto dejó a Edmundo feliz, y con la fortuna encontrada compró un buque y se fue a recorrer los mares con su esposa y su padre.

Muerte presencial

Estefanía Michelini

Aparecí en un lugar con mucha luz. Tanto que estaba encandilada. Frío, mucho frío. Me veía y estaba blanca, y mis manos arrugadas. Caminé sin rumbo durante un largo tiempo, no sabía qué pasaba ni a dónde quería llegar, yo sólo caminaba.

Cuando menos lo esperaba, escuché un ruido, no lo podía distinguir pero me pareció que era un llanto particular. Miré desconcertada hacia los dos costados pero no encontraba nada. Luego miré hacia arriba pero nuevamente, nada. Luego hacia abajo, y fue justo ahí que encontré lo peor: mi vi a mí. Me vi como me sentía: blanca, pálida y fría; adentro de un cajón cubierto de un manto blanco donde solamente se veían mi cara y mis manos.

Había muchos objetos que desde la altura no podía distinguir, pero rodeaban mi cuerpo. También había mucha gente presente: desde conocidos haciéndose pasar por amigos, hasta familiares con los que había perdido relación. Angustiados, demacrados de tanto llorar; con muchas dudas y todavía preguntándose porqué. Se escuchaban muchas palabras de despedida, muchos “te quiero”, “te voy a extrañar”, etcétera.

Pero nada me dolió tanto en mi corta vida como las palabras de mi mamá; esa que supo darme todo, cuidarme, ayudarme y hasta emocionarme. Tenía tanta angustia que su dolor traspasó planos y llegó hasta mí, haciéndome quebrar en llanto como cuando era una niña y lloraba porque extrañaba a mi abuelo.

–¡Qué dolor! ¡Cuánta falta vas a hacerme, hija mía!– repetía mi mamá, una y otra vez.

También me sorprendí: mi abuela, a la que tanto había despreciado, lloraba sin parar y repetía:

–Perdón por todo, no sabés cuánto me arrepiento, querida mía.

Me fui sabiendo que no volvería a verlos ni a escucharlos. Me fui sabiendo con certeza que el dolor de verme sin energía era lo peor que había sentido en toda mi vida. Me fui, en ese momento y para siempre, pero sin ninguna duda de lo que había hecho, de todo lo que había dado de mí para dejarles a todos algo de enseñanza. Me fui sabiendo que nadie muere si lo que dejó es bueno, que el recuerdo de mantiene vivo.

Me fui y no volví.

Una historia improvisada

Galo Miguens

Aquel día nadie imaginó lo que sucedería. El grupo de estudiantes del Taller de Escritura I estaba tratando de construir algo creativo cuando un estruendo acaparó su atención. Los curiosos, obviamente, saltaron a la ventana, pero no lograron ver nada, una luz fluorescente los encandilaba.

En el patio se encontraba una nave espacial, aunque no parecía la típica nave en forma de platillo volador. Estaban presenciando un acto que ponía en duda todo lo establecido, lo real, lo conocido por el hombre y la humanidad. Frente a esto, la mitad de la comisión se desmayó, resultaron ser fácilmente impresionables.

Mientras algunos se preocupaban y ayudaban a los compañeros que se encontraban en el suelo, el resto del grupo siguió mirando. Se abrió la puerta de la nave y de ella

salieron lo que parecían ser dos extraterrestres. Ante la presencia de estos seres desconocidos, los pocos estudiantes que estaban frente a la ventana quedaron shockeados por lo que estaba viendo. Claramente, estos alienígenas no tenían la típica apariencia de enanitos verdes y cabezones. Es más, nadie los veía de igual manera.

–Parecen pulpos mutantes– dijo Anaclara con asombro.

–¡No! Estás equivocada, tienen forma de cucaracha– respondió alguien desde el fondo.

–Yo los veo como si fuesen humanos, incluso uno tiene una cerveza en la mano– dijo Milito muy relajado.

Mientras, todos se ponían a debatir sobre el porqué de la visita. Los marcianos habían instalado una carpa gigante. La confusión era terrible, nadie sabía cómo reaccionar ni qué hacer. Cuando, de repente, en un idioma extraño pero entendible, los alienígenas empezaron a discutir.

–Te dije que esta no era la ruta– reclamaba enojado el muy petizo.

–¡Es acá! Éste es el lugar– respondió el que parecía ser su hermano.

–Me prometiste que íbamos a hacer una fiesta, pero acá no hay nadie– dijo enojado el pequeño mientras se metía de nuevo en la nave.

Cuando los estudiantes escucharon esta conversación, quedaron el doble de confundidos. Mientras, el marciano más alto empezó a colocar en el patio de la Facultad una variedad inmensa de luces intergalácticas con colores nunca antes imaginados por los humanos. También traían alcohol, sustancias afrodisíacas, drogas nunca antes probadas en el planeta Tierra. Esto hizo que la mayoría de los estudiantes se replanteen qué estaban haciendo en nuestro lugar.

–Nos encontramos frente a una paradoja– mencionó Sol. –Todo el tiempo creímos que nos iban a dominar, pero solamente vinieron para relacionarse con nosotros y pasarla bien– agregó.

–¡Es verdad! Todo este tiempo vivimos engañados– se escuchó en el fondo.

–Seguro fueron los yankees– dijo con indignación un compañero que militaba en una agrupación de izquierda. –Son cómplices– añadió.

–¿Dónde hay una lapicera? Tengo que escribir todo esto que está pasando– dijo desesperada Rocío, la ayudante de la clase.

–No jodas– le contestó Galo, que ante la situación había perdido el respeto por la autoridad. –Vayamos a festejar con ellos– agregó.

Como consecuencia, todos: profesora, ayudantes y estudiantes terminaron en el patio, bailando una música que estimulaban y hacía estallar todos los sentidos del cuerpo.

El espíritu

Berenice Molina Suáres

Éramos muy jóvenes, teníamos alrededor de quince años, decidimos quedarnos en mi casa esa noche, hacía demasiado frío y estábamos aburridos. Un amigo tiró la idea de jugar al famoso juego de la copa, lo hicimos como travesura, por curiosidad, para ver qué sucedía.

Éramos cinco, por ende colocamos cinco copas de vidrio en el suelo. Sinceramente no sabíamos cómo realizar el juego, en verdad no teníamos idea, de hecho tuvimos que improvisar. Apagamos las luces, encendimos tres velas, dimos vuelta las copas, nos pusimos en ronda tomándonos de las manos. Pasaron más o menos diez minutos, pero nada ocurría.

Queríamos desistir del juego, pues uno de los chicos se sentía incómodo con la situación. De repente, pero de manera muy lenta, una de las copas comenzó a moverse y fue en ese momento en que todos nos paralizamos para observar el siniestro. Llegó a romperse otra copa, era algo increíble, un hecho paranormal sumamente inexplicable. En ese entonces, la única chica del grupo comenzó a llorar y también a gritar insultos, dijo oír voces y llantos de bebé. Todos nos desesperamos, tratamos de prender las luces pero no lo conseguimos, se apagaron dos de las tres velas que había; todo parecía no tener fin, ni esa noche ni nuestro horror.

Al darnos cuenta de que ya no había qué hacer, procedimos a rogarle al espíritu que nos librara de su tormento, al fin y al cabo tan sólo éramos niños. Le dije que jamás volveríamos a molestarlo, eso fue lo primero que se me vino a la cabeza, quizá lo había sacado de alguna película de terror.

Fue raro, después de mis palabras desapareció y se encendieron las luces, todo había vuelto a la normalidad. No sabíamos si estar contentos o no, pero prometimos no hacerlo nunca más.

Mis lágrimas caían ya sin explicación alguna. Pasó la noche sin que ocurriese otro suceso fuera de lo común. Mis amigos se fueron de mi casa, yo continué mis hábitos con naturalidad, todo estaba bien, o al menos eso quería creer.

Llegó la noche de la manera más rápida que jamás había percibido y, lógicamente comencé a asustarme. Estaba sola en casa ya que mis padres trabajaban, los extrañé y lloré; me encerré en el baño, en una casa de las esquinas, se sentía un silencio profundísimo, hasta que escuché un terrible portazo que provenía de mi cuarto. Entonces oí una voz que susurró en mi oído y me decía:

–Todavía sigo acá.

Y el agua hirvió

Camila Ortega

Caminaba con la vista en el celular, como de costumbre. Quizás para ahorrar tiempo o por descuidada, pero no importaban la incontable cantidad de veces que mamá, papá, mi novio o quien sea me hubiese dicho la frase “no camines con el celular en la mano, prestá atención, la calle es peligrosa”. Era un hábito muy difícil de cambiar. Iba a mandar un audio de *Wathsapp* avisando que ya había bajado del colectivo, pero me acordé de que mamá siempre se quejaba que nunca entendía lo que le decía cuando le enviaba mensajes de voz. En cambio, le escribí: “ma, ya llego. Poné el agua así tomamos unos mates”.

Estaba terminando de escribir cuando escuché un silbido seguido de una de esas frases repulsivas que fingen ser piropos. Ni si quiera entendí lo que me habían gritado pero, instintivamente y conteniendo todos mis deseos de contraatacarlo, seguí caminando ignorándolo.

Volví a la pantalla, y noté el relojito gris al lado del último mensaje. El tipo me seguía, sentía su presencia, su sombra me asechaba, y sus comentarios me incomodaban. Yo escrutaba las calles en busca de alguien que me pudiera ayudar. No había alma alguna además de nosotros dos. Él farfullaba sobre mí, creía, pero no obtenía respuestas.

Estaba a cinco cuadras de casa, así que si corría capaz podía llegar bien. Pero alcancé a ver las dos tildes grises junto al mensaje cuando un golpe seco en el estómago me tiró al suelo. Mi mochila en el piso, mi celular quién sabe dónde. Casi vomito, casi lloro. Pero no lo hice.

-¿Así que no me querés dar bola? Yo te voy a enseñar, frígida-dijo.

Se apartó y pensé que estaba satisfecho. Ojalá hubiese tenido razón. Pero no. Siguió, y yo perdí la cuenta de los golpes. Siguió hasta que yo no era yo. Y él me dejó ahí. Sola, casi muerta, inconsciente. Pero nadie lo paró.

Verano diez puntos

Iván Papillú

Llegaba enero del 2015 y, por tercer verano consecutivo, viajaba a Villa Gesell a vacacionar con mi amigo Franco y su familia. Siempre pensé que todo lo que implicaba pasar tiempo con amigos era casi perfecto; casi. La rutina era clara: nos levantábamos cerca del mediodía, almorzábamos en el departamento o en el balneario, pasábamos la tarde en la playa jugando al truco, vóley o fútbol y cerrábamos el día contando anécdotas. Llegada la noche, salíamos a comer al centro y pasábamos la noche ahí o en la casa de algún amigo.

Un día decidimos romper con esa rutina. Nos levantamos temprano y salimos a andar en cuatriciclo con la familia de Franco y dos familias amigas. Ya tenía un poco de práctica de anteriores veranos que lo había manejado, generalmente con un poco de mala suerte. La primera vez fue también en Gesell, intentando controlarlo, al doblar lo hice mal y me caí dando varias vueltas en la arena, pero por lo menos tenía casco. Otra vez fue una tarde que salimos a dar vueltas con Franco en el mismo vehículo y nos quedamos parados en el medio de los médanos porque el cuatriciclo se paró y no arrancaba.

Ese verano no iba a ser la excepción. Se nos ocurrió por primera vez saltar los médanos. Franco, con más costumbre que yo, lo hacía fácilmente fuera cual fuera la altura que se le presentara. Después de saltar el mismo los dos, él se fue a practicar con uno más alto, al que yo no me animaba. Al no saber manejar el cuatriciclo que llevaba embriague, decidí empezar a practicar con ese. Al principio, me costaba bastante, se me frenaba y tenía que volverá arrancar. Un rato más tarde, creí haberme acostumbrado y andaba normalmente, entonces no se me ocurrió mejor idea que encarar al médano alto que no me había animado a saltar antes. Con un poco de miedo, decidí arrancar con primera, segunda y hasta ahí, pensé que a la velocidad que iba era baja pero a mitad de camino me di cuenta que no, iba rápido. Salté el médano, pensando que no era para tanto, que hasta había saltado bien. El problema fue al caer.

Sin saber cómo se controlaba la caída, me quedé duro hasta tocar lo plano, caí tan de golpe que bajé sentado en el cuatriciclo pero con mi pera rebotando contra el manubrio. Me corté, me abrí la pera de manera que parecía que tenía dos bocas. Lo primero que pensé fue que había perdido algunos dientes porque era lo único que me dolía, pero me los toqué y los tenía todos, solo chorreaban un poco de sangre.

Pasamos alrededor de una hora en una clínica cercana hasta que me atendieron; me había cortado bastante y me tuvieron que coser. Me llevé ocho puntos en la pera del lado de afuera y dos del lado de adentro de la boca. Terminé mi verano tomando sopa y comiendo cosas livianas que no tuviera que morder mucho debido al dolor que tenía y los puntos que no se podían desprender.

Definitivamente, andar en cuatriciclo no era para mí, no me quería imaginar qué me tocaría la próxima.

Sus ojos

Lautaro Punta

La miraba. Se daba cuenta de que no le quitaba los ojos de encima ni por un segundo. No importaba lo que hiciera para tratar de evitar sus ojos, éstos la seguían. La perseguían.

Se impacientaba.

No quería verlo directo a la cara, lo esquivaba. Los árboles, las madres con sus hijos, los juegos raídos por el óxido.

Y en aquel banco, justo frente al banco que ella ocupaba, él.

Y él, la seguía mirando.

Su garganta se oprimía, se ataba en un nudo de sensaciones anteriores al llanto. No lo miró.

No lo miró pero, en cambio, podía sentir cómo sus ojos la quemaban. ¿Acaso nadie aparte de ella lo sentía?

¿Será que acaso nadie además de ella se daba cuenta de la forma en la que él la estaba mirando?

No lo miró. Sin embargo, aún así, intuyó que estaba disfrutando el miedo que sus ojos generaban en ella.

No lo veía, no lo quería ver; pero aún así podía adivinar su sonrisa, atemorizante, resguardada del frío de julio detrás de una vieja bufanda.

Frío, se aferraba a sí misma para evitar el frío que le provocaba no el invierno, sino su mirada.

¿Quién era ese hombre? ¿Lo había visto antes?
Si así había sido, no lo recordaba.
Sabía que continuaba mirándola. Lo sentía.
Se desesperó. Aterrorizada por sus ojos, decidió irse.
Con un repentino movimiento echó a correr por la plaza, en dirección a casa.
Él también.

Sin historia nunca más

Milagros Reinaldo

Uno de los hombres que se dio cuenta del nacimiento de Jean, decidió adoptarlo luego de que mataran a su madre después de darlo a luz.

Fue criado con mucho amor, y, sobre todo, tenía el cariño de las personas del mercado de mariscos, lugar donde nació. A sus diez años de edad, Jean se enteró de su historia de vida, por lo cual decidió pedirle ayuda a su padre adoptivo para ayudarlo a saber más sobre su madre.

Decidieron juntos empezar a investigar, preguntando a la gente del mercado si alguien sabía algo sobre la mujer, pero nadie daba respuesta a ello. Así siguieron buscando durante meses, y, aun así, no había indicios sobre la vida de ella. Cansado de no tener respuestas, una noche Jean decidió marchar de su casa. Dejó una nota despidiéndose y diciendo que volvería el día que supiese quién era él realmente. Pasó noches y días en soledad en la calle tratando que alguien lo ayudara a saber su historia.

Finalmente decidió volver al mercado, cuando llegó al puesto en donde él había nacido vio que la mujer que vendía allí ya no estaba, por lo que decidió acercarse y preguntarle al hombre que ocupaba ese lugar qué había pasado con la mujer que siempre estaba allí. Él le contó que esa mujer había decidido irse porque le contaron que en ese lugar había nacido un niño que era sobrino de ella. Sorprendido, Jean le dijo que ese bebé era él y que en ese momento estaba ahí porque quería saber sobre su pasado. El hombre lo llevó al lugar en donde dicha señora le dijo que estaría. Cuando llegaron, ella inmediatamente lo abrazó diciéndole que lo buscó durante años y que era imposible no reconocerlo porque era igual a su madre.

Luego de este reencuentro, Jean descubrió que tenía dos hermanos mayores, los cuales la madre había abandonado y su tía se había hecho cargo. Al pasar los años decidieron abandonar París para irse a continuar su nueva vida en otro lugar, para no recordar lo que su madre había hecho. Agradeciendo a todos los del mercado por haber cuidado de él, Jean pudo saber quién fue su madre y su historia.

Realidad lejana

Leandro Retana

Lo más difícil fue contarle a la hermana que volvía a su casa después del colegio; miré las llaves y las tomé. Siempre he sido decidido, pero esa vez me costaba dar pasos seguidos, no sentía cuál era la mejor opción para decirle. Vi la puerta, abrí y el día parecía haberse enterado: era oscuro, frío y lloviznaba. Llegué a la parada del OESTE, a dos cuadras de casa, la gente veía mi cara y parecía entender todo. Veía pasar los micros y se me erizaba la piel. Finalmente, frenó uno y la vi bajar sonriente levantándose el pelo, que estaba debajo de las tiras de la mochila y me saludó. Me costó responderle, y notó algo distinto. Mientras cruzábamos la avenida me miró y me preguntó:

-¿Qué pasó? ¿Todo bien? – No respondí.

A cincuenta metros, nos sentamos en una plaza y lo dije, simplemente me desahugué. Lo contuvo y no dijo nada hasta llegar a casa, creo que lo iba procesando. Estaba pálida y respondía a todo sí o no. Estaba apagada.

Al día siguiente llegué a una puerta de madera vieja tallada, estaba abierta y había personas entrando y saliendo. Un grupo afuera estaba charlando, fumando y abrazándose para mostrar su apoyo. Entré y vi un cuadro escrito con tiza que decía “Leandro Retana, habitación 2”. Finalmente era el momento de enfrentarlo. Vi a toda mi familia, con los ojos irritados, algunos fumando afuera y otros comiendo en los sillones, tenían distintas formas de llevarlo. No todos estaban vestidos de negro, a la vista era “alegre”, salvo por las abuelas que respetaban el protocolo.

En la habitación contigua, estaba la parte superior descubierta, totalmente pálido, se sentía un frío polar y parecía que la muerte había tocado a quienes estaban al lado. Tenían una cara rígida y los ojos vidriados, con postura estática y mirándolo para luego mirar al suelo. Llorar e irse al patio era el paso “obligado” para sacarse de manera definitiva el ancla y respirar para retomar el color de la piel.

La vi a Juanita, su hermana. Nos abrazamos y lloramos juntos. Después de salir creo que todos nos fuimos con la promesa de recordarlo. “No sé si será como me pasó con mamá, pero vivirá en el recuerdo y lo extrañaré todos los días, jamás lo voy a olvidar”, pensé antes de dormirme.

Desafortunada venganza

Emanuel Rodríguez

Comenzó la búsqueda de la fortuna. Se trataba del mapa del tesoro que Dantés obtuvo antes de escaparse de su celda en la prisión clandestina de Danglars.

Su necesidad de venganza era lo único que lo movilizaba, la utilidad del tesoro sólo una: venganza a Fernando y la recuperación de Mercedes, su prometida. Ésta había sido engañada por Fernando para comenzar juntos un nuevo romance. Situación que naturalmente Dantés desconocía.

Fueron años lo que demoró Edmundo Dantés en comenzar la construcción de una pequeña balsa para movilizarse de esa isla que, luego de un tiempo, tomó conocimiento que no se trataba de Montecristo.

El triste desenlace ocurrió cuando una noche tormentosa, el bote se dio vuelta y Dantés perdió la vida.

Los años pasaron y, en una discusión valentona, Fernando confesó el complot y Mercedes acabó con su vida con un poderoso veneno.

Lo cierto fue que, ni las palabras del cura prisionero sirvieron para que el aprendiz, Edmundo Dantés, tomara otra decisión. Su sed de venganza fue más fuerte, tanto que no le permitió disfrutar de su verdadera fortuna obtenida: la libertad.

Misterio paranormal

Cristian Romero

Mi mayor miedo eran los espíritus. Sucedieron hechos raros en mi casa, desde que yo tenía 10 años hasta los 14 o 15, donde yo, mis hermanas y mis papás los vivíamos. Se escuchaban pasos o sonidos, como si personas estuvieran corriendo en el pasillo que iba al comedor. También situaciones donde mis hermanas durmiendo en su cuarto se despertaban asustadas porque sentían que alguien les había tocado el pelo.

Por otra parte, mis papás escuchaban los mismos ruidos desde su cuarto. Al inicio, pensaban que era el gato, pero después se dieron cuenta que era otra cosa la que ocasionaba todos los ruidos. Empezaron a sentir algo de miedo, mamá más que nada. Nos daba preocupación saber que una señora murió en ese mismo lugar años atrás, mucho antes de que mis papás vivieran ahí y nacióamos nosotros.

Por unos meses, los sonidos dejaron de escucharse. Pero después, murió un primo muy cercano, no solo de sangre, sino alguien que veíamos prácticamente todo el tiempo. En ese momento, comenzaron a suceder los mismos hechos que habíamos vivido.

Un día escuché un ruido, como si alguien estuviera corriendo; me levanté, ¡y nada! Pensé que podría ser una broma de mi papá, pero estaban todos durmiendo, y me empecé a asustar. No sé si la muerte de mi primo había tenido algo que ver, pero la coincidencia hacía todo raro. Todo eso fue traumático y en el momento difícil de asumirlo.

Después de un tiempo su hermano menor vino a dormir a mi casa, pero no le habíamos dicho nada de lo que allí pasaba. Él mismo experimentó todo, después le tuvimos que contar la verdad. Luego de varias semanas, dejó de pasar todo sin alguna explicación, pero siempre nos dio ganas de saber qué había sido lo que provocó aquellos hechos.

Colmo de vida

Mailén Ruiz

Como había llegado al mundo, de esa manera inmunda y penosa, entre pescados muertos y basura, aquella situación en la que había condenado a su madre a la muerte; de esa manera viviría el resto de su vida. Pasó su niñez dentro de un viejo convento, que parecía una cárcel cristiana y que no tenía aspecto de ser un lugar con días felices y soleados. Allí creció, aprendiendo a soportar trabajos forzados, y algunos oficios para resolver el cómo ser un esclavo ideal. Así, su aspecto a los 15 años era el de un hombre ojeroso, con manos callosas, pálido por demás y jorobado como el monstruo de Notre Dame; su olor a osamenta mezclada con la peste de su sudor íntimo, el olor a cebollas fritas debajo de sus axilas hacían que no fuera una persona con muchos amigos. En realidad, nadie se le acercaba.

Pero iba más allá de su olor su falta de amigos, en realidad se debía a su actitud malhumorada, la que fue adquiriendo en las frías noches de golpizas propinadas por las hermanas del convento, ese maldito convento rodeado de enredaderas que ni para matarse servían. Ese lugar que ocultaba torturas sobre maíz sagrado y muertes santificadas, o mejor dicho la explotación de Dios.

Había pasado ya tiempo desde la última golpiza, la tarde de invierno congelaba los huesos de los desposeídos y ese día el joven Jean Baptiste, el niño que mató a su madre sin saberlo, aquel que parecía condenado por espejos rotos, fue enviado a una fábrica, ya que su edad había alcanzado la mayoría de edad y estaba obligado a trabajar fuera del convento porque para los ojos de la sociedad, la fábrica lo convertía en un verdadero hombre. Las monjas solían decirle que Dios se había olvidado de él hacía ya tiempo, que aceptara su destino.

Cuando Jean Baptiste llegó a su nuevo lugar de trabajo, no sabía que le esperaba estar rodeado de hollín, fuego y máquinas que ejercían fuerza extra sin él. Sin embargo, se quedó porque no tenía otra opción. Hizo cada tarea que le asignaban, se convirtió en un joven de veintiséis años con cuerpo de anciano, que respiraba veneno y se hundía lentamente de manera profunda en una profunda depresión, lo que generaba un progreso de una enfermedad inesperada para él. Esa bendita tuberculosis que lo liberó de la vida de esclavo.

Muchos dirían “qué bien merecida su muerte, ya que no habría producido nada para promover el avance de su vida y de su sociedad”. Pero eran sólo palabras sin valor. Su cuerpo estuvo tirado en un callejón oscuro, rodeado de ratas que lo mordisqueaban para alimentarse de algo que fuera más sabroso que la basura, pero se pudrió con el tiempo. Ni los roedores se acercaban, y su cuerpo, su vida, su persona, se descompusieron siendo basura inútil detrás de una fábrica; como el colmo de la vida proletaria, nacer y morir oprimido.

Profunda oscuridad

Candela Tedesco

Sentí mi cuerpo mojado y la presión del agua; adiviné la oscuridad. Durante algunos segundos dejé mi cuerpo relajado, hasta que caso por inercia abrí los ojos. Había

acertado, me encontré con plena oscuridad, con esa ausencia de luz y esa frialdad que solo se encuentra en las partes más profundas del océano. Reaccionar me llevó tiempo, conseguí hacerlo gracias a la falta de oxígeno que estaba experimentando; mis pulmones se llenaban de agua a un ritmo demasiado acelerado. Desesperado, intenté salir a flote, moví mi cuerpo de todas las formas posibles, pero fue muy tarde. Mis manos y pies estaban atados, Todo se fue tornando más oscuro, desde mis ojos hacia adentro, como la oscuridad que antecede al sueño. Finalmente, mis intentos cesaron. Esa sensación de angustia y terror me sucedía todas las noches desde hace años. Algunas veces lograba percibirlo tan real que dudaba estar soñando, tal como ese viernes.

Ese viernes habíamos decidido irnos de escapada, aprovechando el finde largo, Belén y yo. Ambos estábamos de acuerdo en que necesitábamos un respiro, y yo lo creí oportuno para acercarme a ella. Elegimos la cabaña de los abuelos ubicada en el medio de la nada, pero no tan lejos, lo suficiente para un viaje en auto. Salimos muy temprano, de madrugada, con la excusa de llegar al mediodía y aprovechar bien el día. Pasé a buscarla y arrancamos viaje.

Llevábamos varias horas andando cuando comencé a notarla rara. No contestaba cuando le hablaba y su mirada estaba perdida, confusa. No le di mucha importancia, conocía sus cambios de humor. Paré en una estación de servicio para cargar nafta y estirar las piernas. Fui al baño apurado, Belén no quería bajar y yo no quería dejarla sola. Habré estado dos minutos dentro de ese baño. Cuando salí, lo primero que vi fue un espacio vacío donde estaba mi auto. Alrededor de ese espacio vi caras desconcertadas, giré mi cabeza en sentido a la ruta, el auto se dirigía a toda velocidad hacia un barranco al borde del camino. Cuando reaccioné, ya no podía ver más ni a Belén ni al auto. No lo pensé. Corrí a toda velocidad.

En cuestión de segundos, sentí otra vez la humedad, la presión del agua, el terror. Pude nadar, pude acercarme al auto y la vi. Era muy tarde y la maldita puerta no abría. Mi cabeza se llenó de preguntas al ritmo de la oscuridad, cada vez más intensa. Me sentí atado de pies y manos, incapaz de hacer algo.

Finalmente, mis intentos cesaron.

Dos realidades

Renata Toledo

El hedor que emanaba esa ciudad parisina no podría ser descripto de otra forma más sutil. Las calles que rodeaban el mercado se podrían visualizar tal cual la vestimenta de los compradores y los mercaderes. Eran ropas oscuras que incluso simulaban haber sido teñidas por el ambiente mismo del lugar.

Pero no sólo se observaba esta lúgubre imagen inserta en una sociedad hambrienta y sin un futuro próspero, sino que se podía apreciar, aunque esta palabra no encajara en la realidad transitada, la muchedumbre andante y ligera que pasaba por allí. Entre ellos se veía una pequeña y lánguida figura que casi no tenía la posibilidad de observar el suelo del pesado cajón de mariscos que llevaba en sus diminutas manos: era Jean Baptiste, quien con tan sólo nueve años realizaba los mismos trabajos que cualquier otro ser humano de la época.

-Dejá el cajón allí- dijo el mercader oloriento que también hacía la misma acción.

El niño obedecía sin titubear. Así era todos los santos días. Días cansadores y repetitivos que sólo llegaban al principio nuevamente.

-Cortá esto así- el hombre le ordenaba al pobre niño. El pequeño no hacía otra cosa que seguir obedeciendo, porque si se rehusaba era castigado a golpes duros.

Pero eso un día cambió.

El mercader lo esperaba para repetirle la instrucción en su espacio de labor. Sin embargo, el niño no apareció.

“¿Dónde se ha metido este chiquillo desobediente?”, dijo el anciano con el rostro rojo de furia. El pequeño Jean Baptiste había decidido escapar de esa vida triste. ¿A dónde?

Ni él sabía. Pero de lo que sí estaba seguro era que no se quedaría con ese trabajo, necesitaba volver a empezar. Quizás su destino sería peor, pero él fue consciente de que al menos había luchado por su escapatoria y por un mejor futuro.

Cuarto oscuro

Sofía Valoff

–Pasá por acá– me dijo, y mi temor se acrecentó. La habitación estaba sumida en una oscuridad absoluta. Abracé mi cuerpo helado con mis pequeñas manos y avancé. Podía sentir su presencia detrás. Podía sentirlo sonreír.

No es que yo quisiera encontrarme allí, pero él me prometió que así me iba a encontrar de nuevo con mi mamá. Que así él no tendría que llevar al cuarto oscuro a nadie más y por fin podría librarse e irse al cielo con Dios. Así que fui.

Cuando ingresamos a la habitación, cerró la puerta. Mi corazón redobló la apuesta y comenzó a latir desenfrenado. Sabía que lo que estaba a punto de hacer me llevaría a la grata consecuencia del abrazo cálido de mamá y a la liberación del alma de Simon, pero el pavor de la incertidumbre era atroz, no sabía con qué debería enfrentarme para lograrlo.

Densa oscuridad, aroma a cera de vela quemada e incienso y un frío desgarrador era la escueta imagen que podía percibir del espacio a nuestro alrededor. Eso y el imperante silencio total que me atosigaba cada vez más con la idea de que podía pasarme algo allí dentro que no me permitiera volver a ver la luz del sol; que se acrecentaba a medida que lo tenía más y más cerca respirando en mi cuello.

No pude aguantar su aliento sobre mi piel ni un solo segundo más así que le dije:

–¿Por qué estamos acá? ¿Qué tengo que hacer?

–Aguardá un minuto más– me contestó.

–Pero ¿Qué estamos esperando?– pregunté casi tan intrigada como asustada.

Él respondió:

–Estoy intentando percibir tu belleza entre la oscuridad, así puedo recordarte cuando ya no te vea– me lo dijo entre susurros recorriendo con sus manos lentamente mi cuerpo.

Al instante, me congelé. No pensé, no supe qué hacer. Me quedé inmóvil esperando lo que fuera que me deparara el destino, mientras él, sin dudar, proseguía comenzando por un beso hasta que la piel no le dejó avanzar más.

Yo permanecí helada, en cuerpo, en alma y en acción hasta que él se detuvo.

A continuación nos apartamos y me pidió, acariciando mi pelo, que rezara por su alma, por su nombre, por el perdón de sus pecados y así sería liberado. Así podría irme con mamá.

Recé hasta que me dijo basta y le pedí por favor que me dejara ir. Pero hasta que le prometí que nunca contaría lo sucedido, no me abrió la puerta del cuarto.

Cuando salí, cerró la puerta y nunca más lo volví a ver. Desapareció.

Hoy entiendo.

Los labios me quedaron helados hasta el fin de mis días, pero creo que nadie lo notó.

El perfume de mi sangre

Carlos Vega

Jean Baptiste fue trasladado inmediatamente hasta un orfanato donde se crió hasta los doce años. En el orfanato Jean creció con un sentido agudo del olfato, y fue ahí en donde entonces se dio cuenta de esta particularidad sobrehumana.

A las tres de la tarde del 14 de abril, Madame Galliani lo invitó a su despacho, estaba acompañado por dos adultos, el señor Víctor Allen y la señora Sofía Allen. Estos señores, con cierta presencia de gente adinerada, estaban interesados en adoptar a Jean. La directora Madame Galliani accedió de inmediato.

Cuando el niño llegó a la hacienda de los señores Allen, sus nuevos padres, descubrió un olor singular, algo inevitable que lo desconcentraba. Como un perro hambriento en busca de comida, fue siguiendo paso a paso ese privilegiado olor, hasta llegar a una habitación, cerca de una escalera que unía el salón de estar con el segundo piso.

Aquella puerta de la habitación estaba semiabierta, se escuchaban ruidos de una mujer que se encontraba dentro. Jean ingresó bruscamente sin intención de preguntar o tocar la puerta. Los modales inculcados en el orfanato, habían desaparecido en él. Jean solamente se sentía extasiado por ese olor común. Cuando estaba dentro de la habitación, encontró a una bella mujer, de rasgos delicados y finos, con una cabellera larga como una princesa, y unos ojos azules como el cielo.

La mujer, según la percepción de Jean tendría unos 16 años. Estaba desnuda vistiéndose y dando la espalda hacia la puerta

–¡Sal de aquí, niño mirón!– gritó la mujer.

Inamovible, Jean la seguía observando sin decir ninguna palabra. Al oír los gritos, los padres de estos dos jóvenes fueron directamente a la habitación de Analía, preguntándose qué pasaba. Al ver una situación incómoda, Analía salió corriendo de su habitación con una bata de toalla que encontró a su alcance.

–¡Ven aquí, Analía!– gritó la madre confundida.

Los padres salieron de la habitación y le comentaron a Jean, que su hija Analía era una persona difícil de tratar por su comportamiento intenso, que denotaba malcriadades algunas veces. Los padres querían proteger al niño de cualquier conflicto.

Por la noche Jean no pudo dormir, pensaba en ese olor particular de Analía, él lo quería sentir todo el tiempo, era un aroma que deseaba de por vida. Su necesidad era tan intensa que lo primero que hizo fue salir de su habitación e ir a la habitación de la joven. Analía estaba durmiendo plácidamente; Jean la observaba con ternura y enamorado de ella, seguía percibiendo su olor más de cerca. Su intensidad por obtener lo que quería, hizo que tomara unas tijeras que encontró en el escritorio de Analía y la mató con cinco clavazos en el pecho.

El niño quedó perplejo y se echó de lado de ella, y la abrazó para poder olerle toda la noche.

Al día siguiente, el cuadro del asesinato impactó a los padres adoptivos de Jean.

–¡Ella era tu hermana! ¿Qué hiciste?– gritó asustada la señora Allen.

–¡Fue tu hermana biológica, nosotros somos tus abuelos, quisimos rescatarte de ese horrible orfanato!– exclamó el padre llorando.

Jean triste y asustado, tomó las tijeras y se mató, del mismo modo que había matado a Analía. En el primer momento que agonizaba, su sentido del olfato, desapareció.

Visión y paranoia

Anabella Wieremowicz

Tras el chirrido que generó un cierto eco en el pasillo, las sombras del fantasma y Virginia desaparecieron al entrar en la habitación. Sin antes avisarle a mi padre de esta rebelde situación por parte de mi hermana, me acerqué de a poco a la habitación. Como la casa no contaba con una iluminación apropiada, como típico estilo inglés, mi visión estaba muy limitada mientras cruzaba hacia la escena.

“Si giro el picaporte o trato de mover la madera pegada a él, el ruido delatará mi presencia. ¡Esto es una encrucijada!”. Este pensamiento apareció con cierta velocidad. Por eso opté por buscar algún agujero entre las viejas tablas, que suponían ser clásicas.

La búsqueda finalizó cuando moví un pequeño cuadro a mi derecha. Tuve que sacarlo de su lugar para poder cumplir mi cometido sin ninguna interferencia. Mientras lo corría, una extraña luz se extendía por el ambiente oscuro que me rodeaba. La oscuridad se impulsó y mi ojo terminó posado por abertura. “¿Qué es eso?”, susurré muy despacio.

En la cerrada habitación, Virginia y Simón, si no había escuchado mal la pronunciación del nombre del espectro, estaban en frente de un círculo de luz que crecía por la pared. Parecía mágico e inusual.

–A cambio de tus plegarias y tu perdón, te mostraré una pequeña parte de lo que será tu futuro, a raíz de nuestro encuentro. Sin contar, por supuesto, las joyas enterradas.

Con expresión de suma intriga y, hasta felicidad, mi hermana asintió con la cabeza y tomó la mano del espíritu quien la había extendido momentos atrás. Y así, como si nada, ambos se perdieron dentro de lo que había parecido ser una puerta hacia otro tiempo, según lo que oí.

Un escalofrío recorrió desde la cabeza había la punta de mis pies. No sabía que los muertos en vida creaban hechizos, mucho menos que transportaban personas hacia otro tiempo. El temor de mis adentros ocasionó que mi mente pensara así.

Las horas pasaban, y el sonido del reloj volvía mi propia cordura en una total locura. ¿Cómo es posible? ¿Acaso también mi hermana tendrá este extraño poder? ¿Morirá? Las inquietantes preguntas llenaban mi cabeza, hasta que se hizo la luz. De ella salieron las figuras de las criaturas que creaban esta paranoia en mí.

A mi sorpresa, ambos se sonreían. Hasta que Virginia habló.

–¿Cecil será mi futuro esposo? ¿Aquel hombre tan apuesto que pareció en el viaje? ¡Qué afortunada seré!

–Esas mejillas sonrosadas demuestran que el amor ya está creciendo en ti. Espero que la felicidad siempre te rodee. Después de todo, lo mereces. Gracias por liberarme, Virginia—. El fantasma agachó su cabeza ante la última oración.

Cuando se abrazaron, como gesto de amistad, mi incrédula visión del momento hizo que me fuera alejando de a poco. Acto seguido, salí en búsqueda de mi padre. Él sabría qué hacer.